



León Tolstoi, Obras completas, t I. Guerra y paz.

Ed. Aguilar, Madrid, 2003.

- Es injusto todo lo que constituya un mal para el prójimo -declaró Pierre, satisfecho de que el príncipe Andrey se hubiera animado a empezar a hablar y quisiera explicarle por qué se había vuelto así.

- ¿Quién te ha dicho lo que constituye el mal para el prójimo?

-¿El mal? ¿El mal? Todos sabemos en qué consiste el mal para nosotros mismos.

- Sí es cierto. Pero lo que reconozco como un mal para mí, no puedo hacérselo a otro -replicó el príncipe animándose cada vez más y como si deseara expresar a Pierre su nuevo punto de vista. Hablaba en francés-. *Conozco en la vida tan sólo dos males auténticos: el remordimiento y la enfermedad. El bien está únicamente en la ausencia de esos dos males.* Vivir para sí mismo, evitando esos dos males, he ahí mi filosofía actual.

- ¿Y el amor al prójimo? ¿El sacrificio? ¡No estoy de acuerdo con usted! No es suficiente limitarse a no hacer daño para evitar los remordimientos. He vivido así, he vivido para mí mismo y he echado a perder mi vida. Sólo ahora en que vivo o, por lo menos, trato de vivir para los demás -dijo Pierre corrigiéndose por modestia- es cuando he comprendido toda a la dicha que proporciona la vida. No; no estoy de acuerdo con usted, ni creo que piense lo que dice.

El príncipe Andrey miraba a Pierre con una sonrisa irónica.

- Ahora verás a mi hermana, a la princesa María. Te entenderás bien con ella. Quizá tengas razón en lo que a ti respecta -continuó después de un breve silencio-; pero cada cual concibe las cosas a su manera; dices que has estado a punto de echar a perder tu vida cuando vivías para ti y que sólo has conocido la felicidad cuando has empezado a entregarte a los demás. En cambio, yo he experimentado lo contrario. He vivido para la gloria. Y ¿qué es la gloria sino amor a los otros, deseo de hacer algo por nuestros semejantes para recibir sus alabanzas? Cuando he vivido para los demás, no es que haya estado a punto de echar a perder mi vida, sino que la he echado a perder realmente. Me siento más tranquilo desde que vivo sólo para mí.

- ¿Cómo es posible vivir sólo para uno mismo? -exclamó Pierre acalorándose-. ¿Y su hijo, su hermana, su padre?

- Ellos son lo mismo que yo, no son personas extrañas -replicó el príncipe Andrey-. Pero los otros, el prójimo, *el prójimo*, como lo llamáis la princesa María y tú, constituyen la fuerza principal del error y del mal. *El prójimo* son tus campesinos de Kiev, a los que deseas hacer el bien.

Miró a Pierre con una mirada provocativa y burlona. Sin duda quería retarlo.

- ¡Está bromeando! ¿Qué mal ni qué error puede haber en que haya querido hacer el bien? He hecho muy poco, desde luego, pero la verdad es que he tenido esa intención. Es más, ni siquiera sé si he llegado a hacer algo. ¿Qué mal puede haber en que nuestros desgraciados campesinos, unos seres como nosotros, que viven y mueren sin otra idea acerca de Dios y de la verdad que la de unos ritos y unas oraciones sin sentido, aprendan a creer en la vida futura, en las recompensas, en el castigo y en el consuelo? ¿Qué mal ni qué error puede haber en que preste ayuda a unos hombres que mueren abandonados? ¡Con lo fácil que es socorrerlos materialmente, dándoles médicos, hospitales y asilos para los viejos! ¿Acaso no es un bien indiscutible conceder descanso a un *mujik* o a la madre de una criatura de pecho que no descansan ni de día ni de noche? -Prosiguió Pierre acalorándose cada vez más-. Esto lo he

hecho yo, mal y de un modo incompleto, pero lo he hecho y es algo. No me podrá disuadir de que no he procedido bien y ni siquiera de que usted no lo juzga así. Lo más importante es que me consta, sin lugar a dudas, que el placer de hacer el bien es lo único que proporciona la verdadera felicidad de este mundo.

- Claro, si planteamos el problema de este modo, es distinto. Yo construyo una casa y planto un jardín y tú construyes hospitales. Tanto una cosa como otra pueden servir de pasatiempo. Que juzgue Él, que sabe todo lo que es justo y lo que está bien; nosotros no somos quienes para hacerlo. Pero quieres discutir, ¿verdad? Por mí podemos seguir - añadió.

Abandonaron la mesa y fueron a instalarse en el porche que hacía las veces de balcón.

- Hablas de las escuelas y de la instrucción- continuó el príncipe Andrey doblando el dedo-, es decir, quisieras sacar a esa gente -dijo indicando a un *mujik* que pasaba junto a ellos- de su estado animal y despertar en ellos necesidades espirituales. A mí me parece que la única dicha posible es la dicha animal y pretendes privarlos de ella. Yo envidio a ese *mujik*; en cambio, tú quieres hacer que sea como yo, pero sin darles mis medios. Quieres aliviar el trabajo del campesino. Opino que el trabajo físico es una necesidad para él, es una de las condiciones de su existencia, como el trabajo intelectual para ti y para mí. Tú eres incapaz de no pensar. En cuanto a mí, aunque me acuesto cerca de las tres de la madrugada, me acuden ideas y no puedo dormirme. Doy vueltas en la cama y no concilio el sueño hasta por la mañana. No puedo dejar de pensar, lo mismo que él no puede dejar de arar y ni de segar; si no lo hiciera, iría a la taberna o caería enfermo. Yo no sería capaz de soportar su terrible trabajo físico y moriría al cabo de una semana; pero él no podría soportar tampoco el ocio físico, que lo haría engordar y morir. ¿Qué más decías? ¡Ah, sí! Los hospitales, las medicinas -prosiguió el príncipe, doblando el tercer dedo-. Un campesino tiene un ataque de apoplejía y se está muriendo. La practicas una sangría y lo salvas de la muerte. Será un inválido durante diez años y una carga para todo el mundo. Para él es mucho más sencillo y mejor morir. ¡Ya nacerán otros! Así y todo son demasiados. Te comprendería si lo sintieras por perder un trabajador, pero no por amor al prójimo. El campesino no necesita de eso. Además, es una ilusión creer que la medicina ha curado alguna vez a alguien. ¡Lo único que hace es matar! - Exclamó frunciendo el ceño con ira y volviendo la cabeza.

El príncipe expresaba sus ideas con mucha claridad y exactitud; era evidente que había meditado mucho sobre ellas. Hablaba con gana y ansia, como un hombre que no ha conversado durante mucho tiempo. Su mirada se animaba en relación al pesimismo de sus opiniones.

- ¡Oh! ¡Eso es terrible, terrible! -exclamó Pierre-. No entiendo cómo se puede vivir con tales ideas. También yo he tenido momentos así. Fue hace poco, en Moscú, y también durante mi viaje. Cuando me ocurre eso, me desvivo, todo me es desagradable... y yo mismo más que nada. En tales momentos, no como, ni me lavo... ¿No le ocurre eso a usted?

- ¿Por qué no lavarse? Eso no está bien -replicó el príncipe Andrey-. Al contrario, es preciso tratar de hacerse la vida lo más agradable posible. Ya que vivo (y no es culpa mía) debo vivir de lo mejor posible.

- ¿Qué es lo que le mueve a tales ideas? Si uno vive sin moverse, sin emprender nada...

- La vida no le deja a uno en paz. Me alegraría no hacer nada, pero he ahí que, por una parte, la nobleza de la provincia me ha hecho el honor de nombrarme mariscal. ¡Buen trabajo me ha costado librarme! No podían comprender que carezco de la vulgaridad que hace falta para estas cosas. Por otra, me he visto obligado a construir esta casa para tener un rincón donde estar tranquilo. Ahora es la milicia. (Parte V, cap. 12, pp 420-422)

(Del discurso de Pierre a la Logia masónica de San Petersburgo)... “Cuando todo estaba sumido en las tinieblas bastaba sólo con predicar. Aquella verdad, por ser nueva, tenía una

fuerza particular. Pero hoy necesitamos medios mucho más eficaces. Ahora hace falta que el hombre, guiado por sus propios sentimientos, encuentre un encanto sensual en la virtud. No se pueden destruir las pasiones; sólo hay que tratar de dirigir las hacia un fin noble. Por eso, es preciso que cada cual pueda satisfacer sus pasiones dentro de los límites de la virtud y que nuestra orden le proporcione los medios...”

Este discurso produjo gran impresión, e incluso inquietud... Se formaron dos partidos: unos acusaron a Pierre tachándolo de iluminado y otros le apoyaron. Por primera vez éste se asombró de la diversidad de los espíritus humanos, dándose cuenta de que una verdad no se presenta nunca bajo el mismo aspecto a dos personas. Incluso sus partidarios lo interpretaron a su manera y tampoco pudo estar de acuerdo con ellos...

Al terminar la sesión, el gran maestro hizo observar a Pierre, con malevolencia e ironía, que su entusiasmo no se debía tan sólo al amor a la virtud, sino también al placer de luchar, y eso era lo que lo había guiado en la discusión. Pierre no contestó... (Parte VI, cap. 7, p 461)

(Encuentro de Natasha con Anatol)

“¿Qué hace ahora, se habrá turbado? ¿Estará ofendido? ¿Es preciso reparar esto?”, se preguntó. Y no pudo por menos de volver la cabeza. Miró a Anatol directamente a los ojos, y su proximidad, su seguridad, la ternura jovial de su sonrisa la vencieron. Sonrió lo mismo que él mirándole a los ojos. Y de nuevo sintió con horror que no existía ninguna barrera entre ellos.

Volvió a levantarse el telón. Anatol salió del palco sereno y alegre. Natasha fue al palco de su padre...

* * *

Sólo al llegar a casa pudo Natasha meditar sobre lo que había ocurrido y, al recordar repentinamente al príncipe Andrey, se horrorizó. Mientras tomaban el té todos juntos, lanzó un grito y, enrojeciendo, abandonó la estancia apresuradamente. “¡Dios mío, estoy perdida! ¿Cómo he podido llegar a esto?”, se dijo. Durante mucho tiempo permaneció con el rostro oculto entre las manos tratando de darse cuenta exacta de lo que había sucedido, pero no logró comprenderlo ni tampoco lo que sentía. Todo le parecía oscuro, confuso y terrible. Allí, en aquella inmensa sala iluminada en la que Duport, descalzo y con traje de lentejuelas, bailaba al son de la música, donde las muchachas, los viejos y Hélene, con su vestido escotado y su sonrisa serena y orgullosa, gritaban entusiasmados: “¡Bravo!”, allí, a la sombra de esa Hélene, todo había sido claro y sencillo; pero ahora, al verse sola, le resultaba incomprendible. “¿Qué es eso? ¿Qué significa el miedo que he sentido en su presencia? ¿Qué son los remordimientos que experimento ahora?”, se preguntaba. Hubiera podido contar todo lo que pensaba tan sólo a su madre, por la noche y en la cama. Sabía que Sonia, con sus principios severos y escrupulosos, no comprendería nada o bien se horrorizaría de su confesión. Natasha trató de resolver por sí sola el problema que la atormentaba.

“¿Seré indigna de que me ame el príncipe Andrey?”, se preguntó, contestándose con una sonrisa apaciguadora-. Soy estúpida al preguntarme esto. ¿Qué ha ocurrido? Nada. No he hecho nada ni lo he provocado. Nadie sabrá esto ni lo volveré a ver nunca más. Así, pues, está claro que no ha ocurrido, que no tengo por qué arrepentirme y que el príncipe Andrey puede amarme tal como soy. Pero ¿cómo soy? ¡Oh Dios mío! ¿Por qué no estará aquí?” Natasha se tranquilizó por un momento; pero poco después el instinto le dijo que, aunque era verdad que nada había pasado, la antigua pureza de su amor hacia el príncipe Andrey había perecido. Y de nuevo repitió en su imaginación la charla que había sostenido con Karaguin y se representó el rostro, los gestos y la delicada sonrisa de ese hombre, arrogante y atrevido, en el momento en que le había apretado el brazo. (Parte VIII, cap. 10, pp 565-566)

... Muy poco después, Anatol abandonó a su mujer y, mediante el dinero que había prometido enviar a su suegro, consiguió el derecho de hacerse pasar por soltero.

Anatol estaba siempre satisfecho de su situación, de sí mismo y de los demás. Instintivamente, estaba convencido de no poder vivir de otra manera y de que nunca había hecho nada malo en la vida. No se sentía capaz de reflexionar en el efecto que sus actos podían tener en los demás ni en sus consecuencias. Estaba convencido de que lo mismo que un pato por su constitución debe vivir en el agua, Dios lo había creado de manera que debía gastar treinta mil rublos al año de sus rentas y ocupar siempre una situación preponderante en la sociedad...

No era jugador; al menos nunca deseaba ganar. No era vanidoso. Le tenía completamente sin cuidado lo que pensaban de él. Se le podía acusar aún menos de tener ambición. Varias veces había irritado a su padre echando a perder su propia carrera y riéndose de todos los honores. No era avaro y nunca negaba nada de lo que se le pidiera. Lo único que le gustaba era la alegría y las mujeres, y como, según sus ideas, esas aficiones no eran contrarias a la nobleza y se sentía incapaz de pensar en las consecuencias que la satisfacción de sus gustos tenía para los demás, se consideraba como un hombre irreprochable, despreciaba sinceramente a los canallas y a los hombres malos y, con la conciencia tranquila, llevaba la cabeza alta.

Los juerguistas, esos hombres *magdalenas*, tienen un sentimiento secreto de la conciencia de la pureza, lo mismo que las mujeres *magdalenas*, y que se basa en la misma esperanza de perdón. “Todo le será perdonado porque amó mucho”, y a ellos les será todo perdonado por haberse divertido mucho... (Parte VIII, cap. 9, p 567)

Natasha miraba a la gruesa mademoiselle Georges sin oír, ver, ni entender nada de lo que ocurría ante ella. Se sentía de nuevo completamente apresada por aquel mundo loco y extraño, tan lejano de su mundo anterior, y en el que no podía saberse lo que estaba bien ni lo que estaba mal, qué era lo cuerdo ni qué lo insensato. Detrás de ella se hallaba Anatol; sentía su proximidad y, asustada, esperaba algo...

Natasha se pasó la noche sin dormir. La atormentaba el problema insoluble de saber a quién amaba: ¿a Anatol o al príncipe Andrey? Quería al príncipe Andrey, recordaba vivamente con qué intensidad lo había querido, pero también amaba a Anatol, eso era indiscutible. “Si no, ¿acaso todo esto hubiera podido suceder? -pensó-. Si después de eso he podido, al despedirme de él, responder con una sonrisa a la suya, si he podido permitir que las cosas lleguen a este punto, eso significa que lo he querido desde el primer momento. Entonces, es bueno, noble y encantador y hubiera sido imposible no tomarle cariño. ¿Qué debo hacer si lo amo y amo a otro?”, se decía sin encontrar respuesta a estas terribles preguntas. (Parte VIII, cap. 15, p 572)

Hacia fines de 1811 se empezó el armamento intensivo y la concentración de fuerzas en la Europa occidental, y en 1812 estas fuerzas, formadas por millones de hombres (incluyendo los encargados de los transportes y de los aprovisionamientos), avanzaban de Oeste a Este con dirección a las fronteras rusas, donde, desde 1811, se encontraban las tropas del zar. El 12 de junio las tropas de Europa occidental atravesaron las fronteras y la guerra empezó, es decir, tuvo lugar un hecho contrario a la razón y a la naturaleza humana. Millones de hombres cometieron unos contra otros infinidad de crímenes, de engaños, de traiciones, de robos, de falsificaciones de billetes de cambio, de saqueos, de incendios y de asesinatos, que todos los tribunales del mundo no podrían recoger en sus anales durante siglos enteros. No obstante, en aquel período, los que cometieron aquellos delitos no los consideraban como tales.

(Cf distintas interpretaciones)... Se puede concebir que estas causas y muchas otras, cuyo número varía según los diferentes puntos de vista, se hubieran utilizado para convencer a los contemporáneos, pero a nosotros, que contemplamos el acontecimiento con toda su magnitud y que comprendemos claramente su sentido sencillo y terrible, nos parecen insuficientes. No

podemos comprender que millones de hombres cristianos se mataran y se torturaran porque Napoleón ambicionase el poder, por la firmeza de Alejandro I, por la astucia de la política inglesa o porque el duque de Oldemburgo se sintiese ofendido. Es imposible relacionar el nexo de tales acontecimientos con el hecho consumado del asesinato y de la violencia. ¿Acaso es posible que, por el hecho de haber sido ofendido el duque de Oldemburgo, millares de seres de otro extremo de Europa mataran y arruinaran a los habitantes de las provincias de Esmolensco y de Moscú para morir después a manos de ellos?

Para nosotros que no somos contemporáneos ni historiadores, que no nos hemos entregado a investigaciones de carácter histórico y que, por tanto, consideramos los hechos sin ofuscación y con buen sentido, nos parecen incalculables estas causas. A medida que vamos profundizando en la investigación de éstas y cuantas más descubrimos, bien si discernimos cada una de ellas separadamente o las consideramos todas juntas, se nos presentan igualmente justas por sí mismas, e igualmente falsas por su propia insignificancia en comparación con la magnitud del hecho y por su insuficiencia para producirlo si no participan las demás razones concordantes. La negativa de Napoleón a retirar sus tropas al otro lado del Vístula y de resistir el ducado de Oldemburgo tiene para nosotros el mismo valor que el deseo o la desgana de un primer cabo francés de reengancharse, pues si no hubiera querido reanudar el servicio militar y hubieran seguido su ejemplo miles de cabos y de soldados, habría habido muchos menos hombres en el ejército de Napoleón y éste no hubiera podido hacer la guerra.

Bonaparte no se hubiera ofendido al recibir la conminación de retirarse al otro lado del Vístula y no hubiera ordenado a sus tropas que avanzaran, no hubiera habido guerra; pero si todos los sargentos se hubieran negado a reengancharse, la guerra hubiera sido igualmente imposible. Tampoco hubiera habido guerra si Inglaterra no hubiera intrigado, si no hubiesen existido el duque de Oldemburgo, la susceptibilidad de Alejandro I, el poder absolutista en Rusia, la Revolución francesa, el Directorio y el Imperio que la siguieron, ni las causas que la motivaron, etc. De haber faltado alguna de aquellas circunstancias, nada hubiera ocurrido. Así, pues, era necesaria la concurrencia de un sinnúmero de hechos para que todo sucediera así. Ninguna circunstancia exclusiva fue la causa del acontecimiento que tuvo que producirse inevitablemente. Era preciso que millones de hombres, renegando de sus sentimientos humanitarios y de su razón, fueran desde Occidente a Oriente para matar a sus semejantes, lo mismo que varios siglos atrás habían hecho otros hombres que procedían desde Oriente y fueron a Occidente.

Los actos de Napoleón y de Alejandro, sus palabras -de las que parecía depender la realización o la no realización de los acontecimientos- eran tan poco arbitrarios como los de cualquier soldado que iba a la guerra debido al sorteo o al reclutamiento. No podía ocurrir otra cosa porque, para que la voluntad de Napoleón o de Alejandro I (personas de las cuales parecía depender el acontecimiento) se realizara, era necesaria la concurrencia de una cadena de circunstancias; la falta de una sola lo hubiera impedido. Era preciso que millones de hombres en cuyas manos estaba la verdadera fuerza, los soldados que disparaban, los encargados de las vituallas y de los cañones, estuviesen de acuerdo para acatar la voluntad de individuos aislados, débiles, y se sometieron a esa multitud de causas complicadas y distintas. En la ciencia histórica el fatalismo es indispensable para explicar hechos que carecen de sentido (es decir, aquellos cuya razón de ser no entendemos). Cuanto más intentamos explicarnos estos fenómenos históricos, tanto más insensatos e incomprensibles nos parecen.

Cada hombre vive para sí mismo, disfruta de la libertad para lograr sus objetivos personales y siente con todo su ser que puede realizar o no realizar un acto cualquiera; sin embargo, tan pronto como hace una cosa se encuentra con que ya es irreparable y que la Historia se apodera de ella; ya no es una acción libre, sino una acción predestinada.

En la vida de cada hombre hay dos aspectos: la vida personal, que es tanto más libre cuanto más abstractos sean sus intereses, y la vida común, en que el hombre obedece inevitablemente las leyes que le han sido prescritas.

El hombre vive conscientemente para sí mismo, pero sirve de instrumento inconsciente a los fines históricos de la Humanidad. El acto realizado es irreparable, y su influencia, que concuerda al pasar el tiempo con millones de actos realizados por otros hombres, adquiere importancia histórica. Cuanto más elevado se encuentre el hombre en la escala social, cuanto más ligado se encuentre con los que están en un plano superior, tanto más poder tiene sobre nosotros y más evidentes son la predestinación y la fatalidad de cada uno de sus actos.

“El corazón del zar se halla en la mano de Dios”.

El rey es esclavo de la Historia.

(...)

... En los acontecimientos históricos los llamados grandes hombres son unas etiquetas que dan un título a un hecho, y lo mismo que éstas, son los que menos relación tienen con el hecho mismo. (Parte IX, cap. 1, pp 594-597)

Apenas el ayudante hubo dicho esto, el viejo jefe bigotudo desenvainó la espada y, con la cara radiante y los ojos relucientes, gritó: “¡Viva!” Y después de ordenar a sus ulanos que lo siguieran, se dirigió al río. Espoleó con ira al animal, que vacilaba, y se lanzó al agua, hacia el centro de la corriente. Hacía frío y se estaba a disgusto en el agua. Los ulanos tropezaban unos con otros y se caían de los caballos. Algunos animales se ahogaron y también algunos hombres; otros intentaban nadar hacia adelante, hacia el otro lado. A pesar de que a media *versta* de allí había un vado, se enorgullecían de nadar y ahogarse en presencia de aquel hombre que, sentado en un tronco, ni siquiera miraba lo que hacían. Cuando el ayudante de campo, aprovechando el momento favorable, se permitió llamar la atención del emperador sobre la fidelidad de los polacos hacia su persona, el hombrecillo de la levita gris se levantó y, llamando a Berthier, empezó a pasear de arriba abajo y le dio órdenes, dirigiendo de cuando en cuando una mirada de disgusto a los soldados que se ahogaban y distraían su atención.

(..)

Se ahogaron cuarenta ulanos, a pesar de las barcas que enviaron para auxiliarlos. La mayoría de ellos fueron arrojados de nuevo a la misma orilla. El coronel y algunos soldados lograron atravesar el río y salieron al otro lado con grandes esfuerzos. Pero en cuanto hubieron puesto pie en tierra, con los uniformes chorreando agua, gritaron: “¡Viva!”, mirando con entusiasmo al lugar donde poco antes había estado Napoleón. En aquel momento se consideraban muy felices. (Parte IX, cap. 2, p 599)

Davour era el Arakcheiev del emperador Bonaparte, un Arakcheiev que no era cobarde, pero no tan adicto y cruel como el otro, que no sabía expresar su adhesión sino por medio de la crueldad. El mecanismo de un Estado necesita tales hombres, lo mismo que son necesarios lobos en el organismo de la naturaleza, y por eso siempre existen, siempre aparecen y se mantienen, por muy anómala que parezca su presencia junto al jefe de un Gobierno. Sólo por necesidad es posible explicarse que Arakcheiev, ese hombre inculto, tan cruel, que arrancaba personalmente el bigote a los granaderos y que por la debilidad de sus nervios no podía soportar el peligro, pudiera mantenerse tan firmemente junto a Alejandro I, que era tan delicado y tan noble.

... pero Davour era uno de aquellos hombres que por su propia voluntad se colocan en las condiciones más duras de la vida para tener derecho a mostrarse taciturno. Por eso es por lo que siempre se apresuran y están ocupados: “¿Cómo voy a pensar en las cosas agradables de

la vida cuando, ya lo ven ustedes, trabajo en un cobertizo sucio, sentado sobre un tonel?"... (Parte IX, cap. V, p 605)

... Con una ligera inclinación de cabeza contestó (Napoleón) al respetuoso y profundo saludo del Balashov y, acercándose a él, empezó a hablar como un hombre que tiene los minutos contados y que no se preocupa de preparar sus discursos, persuadido de que dirá siempre lo que debe decir.

(...)

Era evidente que la persona del general ruso no le interesaba en absoluto. Sin duda, para él, sólo constituía interés lo que sucedía en *su propia* alma. Lo que tenía lugar fuera de él carecía de importancia porque, según creía, todo lo del mundo dependía únicamente de su voluntad.

- No deseo ni he deseado nunca la guerra -dijo-; pero me han obligado a hacerla. Incluso ahora -dijo subrayando esta palabra- estoy dispuesto a aceptar todas las explicaciones que pueda usted darme.

Y empezó a detallar las causas de su disgusto contra el Gobierno ruso de un modo claro y conciso.

A juzgar por el tono moderado, sereno y amistoso con que hablaba el emperador francés, Balashov se convenció de que deseaba la paz y que estaba dispuesto a entablar negociaciones. (Parte IX, cap. 6, p 607-608)

Pero Napoleón no le dejó seguir. Por lo visto, necesitaba hablar él solo, y continuó su discurso con esa elocuencia no exenta de irritabilidad, a la cual se sienten tan inclinados los hombres favorecidos por la suerte... (Parte IX, cap. 6, p 609)

- Lo sé todo -le interrumpió Napoleón-... Ustedes no tienen ni doscientos mil hombres; en cambio, yo cuento con tres veces más, le doy mi palabra de honor -añadió Napoleón olvidando que su palabra no podía tener ningún valor-...

Cada frase de Napoleón sugería a Balashov una réplica; sin cesar éste hacía el gesto del hombre que desea decir algo, pero el soberano francés se lo impedía. Contra la locura de los suecos, Balashov quiso objetar que Suecia es una isla cuando tienen a Rusia detrás; pero Bonaparte gritó enojado para ahogar la voz de su interlocutor. Se encontraba en aquel estado de irritación en que es preciso hablar mucho para demostrarse a sí mismo que se lleva razón. Balashov empezaba a sentirse molesto. Como embajador, temía perder su dignidad y sentía que era preciso replicar; pero como hombre, se encogía moralmente ante aquella aberración y aquella cólera injustificadas... (Parte IX, cap. 6, p 610-611)

... Era evidente que desde hacía mucho tiempo ya Napoleón no podía admitir la posibilidad de equivocarse y estaba firmemente convencido de que todo lo que hacía estaba bien, no porque sus actos respondieran a una concepción del bien, no porque sus actos respondieran a una concepción del bien y del mal, sino porque los había realizado él. (Parte IX, cap. 7, p 612)

Después de la comida, el hombre se encuentra en una cierta disposición de ánimo que, más que cualquier causa razonable, le impulsa a estar satisfecho de sí mismo y a considerar a todos como amigos. Napoleón se encontraba en este estado de ánimo... (Parte IX, cap. 7, p 613)

(Estado de ánimo del príncipe Andrey)... Por aquel entonces no ocupaban tan sólo intereses inmediatos, prácticos, sin ligaduras con el pasado, a los que se aferraba con tanta más avidez cuanto más se alejaba de las ideas de antaño. Era como si la bóveda infinita del cielo que

había estado por encima de él se hubiese transformado en una bóveda baja, limitada, que lo ahogaba y en la que todo era claro, pero sin nada eterno ni misterioso. (Parte IX, cap. 8, p 614)

... Pfull era uno de esos seres convencidos de su propio valer hasta el grado máximo, como suelen ser los alemanes, precisamente porque tan sólo ellos se encuentran seguros de sí mismos basándose en ideas abstractas y en la ciencia, es decir, en el conocimiento imaginario de la verdad absoluta. El francés suele estar seguro de sí mismo porque se cree irresistible frente a los hombres y a las mujeres, tanto por su físico como por su inteligencia. El inglés lo está también basándose en que es ciudadano del Estado mejor organizado del mundo, y por eso como inglés sabe siempre lo que debe hacer y que lo que haga estará indiscutiblemente bien hecho. El italiano está seguro de sí mismo porque se emociona y se olvida fácilmente tanto de su persona como de los demás. El ruso lo está precisamente porque no sabe ni quiere saber nada, porque no cree que se pueda conocer algo de un modo completo. El alemán es el peor de todos, el más firme y el más antipático, ya que se imagina que conoce la verdad, la ciencia inventada por él mismo, que para él es la verdad absoluta. Sin duda Pfull era así... (Parte IX, cap. 8, p 624)

... ¿Y Bonaparte? Recuerdo su cara satisfecha, limitada, cuando estaba en el campo de Austerlitz. Un buen militar no sólo no ha de ser un genio ni ha de poseer cualidades especiales, sino por el contrario debe carecer de las mejores y más elevadas cualidades del ser humano: del amor, de la poesía, de la ternura y de la duda filosófica y analítica. Debe ser limitado y estar firmemente convencido de que es muy importante lo que hace (de otro modo le faltaría la paciencia); sólo en este caso será un valeroso capitán. ¡Que Dios guarde a ese hombre de amar a alguien, de compadecerlo, de pensar en lo que es justo y en lo que no lo es! Se comprende que desde hace mucho se haya levantado para ellos la teoría de los genios, porque representan el poder. El mérito del éxito de una acción militar no depende de ellos, sino del hombre que grita en las filas: “¡Estamos perdidos!” o “¡Hurra!” ¡únicamente en las filas es donde se puede servir con la seguridad de ser útil! (Parte IX, cap. 12, p 628)

... por el contrario, tenía la actitud de un hombre que se avergüenza de lo que el cuentan, aunque no está dispuesto a replicar. Después de la campaña de Austerlitz y la de 1807, Rostov sabía por experiencia propia que cuando se cuentan hazañas militares siempre se miente, lo mismo que lo había hecho él cuando contaba las suyas; además, le constaba que en la guerra nunca ocurren las cosas de la manera que nos las imaginamos no tampoco como las solemos contar. (Parte IX, cap. 12, p 630)

... No hacía más (Nicolai) que pensar en su brillante hazaña, que, con gran extrañeza suya, le había valido la cruz de San Jorge y hasta la reputación de hombre valiente; sin embargo, había algo que no lograba comprender en todo eso. “Entonces, ellos son aún más cobardes que los nuestros. Esto es lo que llaman heroísmo. ¿Acaso lo he hecho por la patria? Además, ¿qué culpa tiene él, ese hombre del hoyuelo en la barbilla y de los ojos azules? ¡Y qué susto se ha llevado! Creía que iba a matarlo. ¿Por qué había de matarlo? Me tembló la mano. ¡Y me dan la cruz de San Jorge! ¡No entiendo nada!”. (Parte IX, cap. 13, p 637)

En el estado de ánimo en el que estaba Natasha, esta oración le produjo un gran efecto. Escuchaba las palabras referentes a la victoria de Moisés sobre Amalek, de Gedeón sobre Madián y de David sobre Goliat y acerca de la destrucción de Jerusalén y rezaba con toda la ternura de su corazón, pero no comprendía bien qué era lo que pedía a Dios. Con toda su alma pedía que se purificara su espíritu, que se le fortaleciera el corazón con la fe y la esperanza y

que se le infundiera amor. No podía pedir por la destrucción de los enemigos porque tan sólo unos minutos antes no deseaba tenerlos sino para amarlos y rezar por ellos. Sin embargo, tampoco podía dudar de la justicia de la oración que se recitaba de rodillas sentía en el alma un terror lleno de recogimiento ante el castigo que esperaba a los hombres por sus pecados y, sobre todo, por los suyos propios. Rogaba. A Dios que los perdonara a todos, igual que a ella, y les concediera la paz y la felicidad de este mundo. Y le parecía que Dios escuchaba su oración. (Parte IX, cap. 18, p 644-645)

Ahora, los hombres de 1812 han bajado de sus sitials, sus intereses personales han desaparecido sin dejar huellas y no tenemos ante nosotros sino el resultado histórico de aquella época.

La Providencia obligaba a todos aquellos hombres, que aspiraban a sus objetivos personales a contribuir a la realización de un resultado único y formidable del que ni uno solo (ni Napoleón ni Alejandro I y, aún menos, uno cualquiera de lo que participaban en esta guerra) tenía la mínima idea.

(...)

... Pero todas las alusiones a la previsión de los franceses, así como a la de los rusos, sobresalen ahora porque el acontecimiento las ha justificado. Si el acontecimiento no se hubiera realizado, tales alusiones se habrían echado en olvido como se ha hecho con millones de hipótesis contradictorias que entonces estaban a la orden del día, pero que luego han resultado ser falsas. Suele haber tantas suposiciones acerca del desenlace de un acontecimiento, que siempre se encuentran personas que digan: “Ya dije entonces que sería así”, pero olvidan que entre esas innumerables hipótesis había otras contradicciones. (Parte X, cap. 1, p 660-661)

(La princesa María) pensaba en la guerra como las mujeres. Temía por su hermano, que estaba allí, y experimentaba horror ante la crueldad de los humanos, que no entendía, que se mataban unos a otros. No llegaba a comprender el significado de esa guerra que le parecía igual a las precedentes... (Parte X, cap. 2, p 664)

A la princesa María se le hacía raro pensar que en aquel momento, en que un dolor tan grande oprimía su alma, existieran ricos y pobres y que los ricos pudiesen no ayudar a los pobres... (Parte X, cap. 10, p 697)

El príncipe Andrey no hubiera podido explicar cómo ni por qué causas, pero el caso es que después de la entrevista con Kutuzov volvió a su regimiento tranquilizado respecto de la marcha general de la guerra y de las personas a quienes estaba confiada. Cuanto más veía la ausencia de personalidad en ese viejo en el que tan sólo quedaba la costumbre de las pasiones y en lugar de inteligencia (que agrupa los hechos y saca conclusiones) la capacidad de contemplar serenamente la marcha de los acontecimientos, tanto más tranquilo se sentía respecto del destino de las cosas. “No tendrá suyo nada, pero lo escuchará todo, lo recordará todo, pondrá cada cosa en su sitio, no impedirá nada útil ni autorizará nada nocivo. Comprende que hay algo más fuerte y significativo que su voluntad: la marcha inevitable de los acontecimientos. Sabe ver y comprender su significado, y a la vista de éste, negarse a tomar parte en los acontecimientos y prescindir de su propia voluntad. Lo más importante es que se le crea porque es ruso, a pesar de que lee las novelas de madame de Genlis... (Parte X, cap. 16, p 712-713)

„, Cuando se acerca un peligro, dos voces hablan siempre con la misma fuerza en el alma del hombre: uno dice razonablemente que se debe reflexionar sobre la calidad del peligro y el medio de librarse de él; la otra afirma más razonablemente aún que es demasiado penoso pensar en el peligro cuando no está en el poder del hombre prever todos los males ni apartarse de ellos, de manera que es mejor rechazar todo lo penoso hasta el momento que llegue y pensar en cosas agradables. Estando solo, el hombre escucha por lo general la primera voz, y cuando está en sociedad, por el contrario, sigue la segunda. Eso es lo que ocurría a los habitantes de Moscú. Hacía mucho que no se divertían tanto como aquel año. (Parte X , cap. 17, p 713)

(El príncipe Andrey) había recibido y dado las órdenes para la batalla del día siguiente. No tenía nada más que hacer. Pero las ideas más sencillas, las más claras y, por consiguiente, las más terribles, no lo dejaban en paz. Sabía que la batalla del día siguiente sería la más horrorosa de todas aquellas en que había tomado parte, y por primera vez en su vida, la posibilidad de la muerte, sin ninguna relación con los vivos, sin pensar lo que experimentarían los demás, sino solamente en lo que se refería a él, a su alma, se le presentó con toda claridad, casi con certidumbre y de un modo sencillo y terrible. Y desde lo alto de esta visión, todo lo que antes le interesara y atormentara se iluminó súbitamente con una luz blanca, fría, sin sombras, sin perspectivas ni relieve.

Toda la vida se le presentó como una linterna mágica a través de cuyo cristal hubiese mirado durante mucho tiempo con un alumbrado artificial. Ahora, de pronto, veía sin ese cristal, bajo la luz clara del día, esas imágenes más coloreadas. “Sí, sí, he ahí las imágenes falsas que me emocionaban y me hacían sufrir -se dijo al recordar las escenas principales de la linterna mágica de su vida, que en aquel momento observaba bajo la luz blanca y fría del día, bajo la idea de la muerte-. He ahí groseramente pintadas esas figuras que se me presentaban como algo encantador y misterioso. La gloria, el bien común, el amor por una mujer y la patria misma, se me antojaban imágenes grandiosas, llenas de profundo sentido. Pero todo eso es sencillamente pálido y grosero bajo la luz del amanecer que, lo presiento, despunta para mí.” Tres grandes dolores de su vida atraían particularmente su atención: su amor por una mujer, la muerte de su padre y la invasión de los franceses, que habían ocupado media Rusia. “¡El amor!... ¡Esa niña me parecía llena de una fuerza misteriosa!” ¿Cómo la he amado? He hecho planes poéticos sobre el amor y la felicidad con ella. ¡Oh qué chiquillo tan ingenuo! -Exclamó con ira en voz alta-. ¡Cómo! ¡Creía en un amor ideal, que debía conservarme su fidelidad durante todo un año de ausencia! Lo mismo que la delicada paloma de la fábula, ella debía languidecer durante su separación conmigo. Pero todo esto es mucho más sencillo... Todo esto es terriblemente sencillo y miserable. Mi padre al construir Lyssyia Gory, pensaba que aquel lugar era suyo; la tierra el aire y los campesinos, suyos también. Pero llegó Napoleón e, ignorando su existencia, lo apartó de su camino como un astillito, y se derrumbaron Lyssyia Gory y toda su vida. La princesa María dice que son pruebas enviadas desde arriba. ¿A qué vienen esas pruebas si él no está ya aquí ni volverá nunca? Él no existe. ¿Para quién son pues? La patria, la pérdida de Moscú... Mañana me matarán y ni siquiera será un francés quien me mate, sino uno de los nuestros, como ese soldado que descargó ayer su fusil junto a mi oído. Los franceses me cogerán por los pies y por la cabeza y me arrojarán al foso con objeto de evitar mal olor. Después se formarán nuevas condiciones de vida que llegarán a ser habituales para los demás, pero yo no las conoceré, ya no existiré.” (Parte X, cap. 24, pp 732-733)

(Conversación entre Pierre y el príncipe Andrey) (Andrey) ... Ya ves, en cambio, que tengo el honor de servir aquí, con estos caballeros, y considero que realmente dependerá de nosotros y no de ellos el día de mañana... El éxito no ha dependido nunca, ni dependerá, de las

posiciones, del armamento, y ni siquiera del número de tropas. Y, desde luego, de las posiciones menos que de cualquier otra circunstancia...

- Entonces, ¿de qué depende?

- Del sentimiento que esté dentro de mí, de él (dijo señalando a Timojin- y de cada soldado.

... el príncipe Andrey parecía alterado. Sin duda, hoy podía dejar de expresar las ideas que le acudían espontáneamente a la cabeza.

- Ganará la batalla el que haya decidido firmemente ganarla. ¿Por qué perdimos la de Austerlitz? Nuestras bajas fueron casi iguales a las de los franceses, pero nos habíamos precipitado a decir que habíamos perdido. Y lo dijimos porque no teníamos por qué batirnos allí. Teníamos prisa de irnos del campo de batalla. “Hemos perdido; pues bien: huyamos.” Eso fue lo que hicimos. Si hubiésemos dicho eso hasta la noche, Dios sabe o que hubiera ocurrido. Pero mañana no procederemos así. Dices que nuestro flanco izquierdo es débil y el derecho demasiado extendido; eso son tonterías. Nada de eso tiene importancia. ¿Qué es lo que nos espera mañana? Cien millones de posibilidades diversas, que se decidirán instantáneamente por el hecho de que sean los nuestros o los enemigos los que echen a correr, que maten a tal o a cual. En cambio, todo lo que está ocurriendo ahora no es más que un juego. El caso es que los hombres con quienes has inspeccionado las posiciones, no sólo no ayudan a la marcha general de la guerra, sino que la complican. Les ocupan tan sólo sus propios intereses mezquinos. (Parte X, cap. 25, pp 735-736)

- No hacer prisioneros -continuó el príncipe Andrey-. Ese solo hecho cambiaría toda la guerra y la tornaría menos cruel. Nosotros hemos jugado a la guerra, eso es lo que está mal. Nos hacemos los magnánimos, etcétera. Esa magnanimidad y esa sensibilidad son el género de las de una dama que se desmaya al ver matar a una ternera; es tan buena que no puede ver la sangre, pero luego se come con gran apetito esa ternera servida con salsa. Se nos habla del derecho de la guerra, de la caballeridad, del parlamentarismo, de compadecer a los desgraciados, etcétera. Todos esos son absurdos. A me he dado cuenta en mil ochocientos cinco de lo que son la caballeridad y el parlamentarismo. Nos han engañado y nosotros hemos engañado a nuestra vez. Saquean casas ajenas, emiten dinero falso y, lo que es peor, matan a nuestros hijos y nuestros padres, y mientras tanto hablan de los derechos de guerra y de la magnanimidad hacia los enemigos. No hay que hacer prisioneros, sino matar e ir a la muerte. El que ha llegado a eso como yo, por lo mismos sufrimientos...

El príncipe Andrey, que pensaba que le era indiferente que tomasen Moscú... empezó a hablar de nuevo.

- Si la magnanimidad no existiese en la guerra, no iríamos a la muerte sino en caso necesario, como ahora, por ejemplo. No habría guerras porque un Paviel Ivanovich ha ofendido a un Mijail Ivanovich. Una guerra como la actual es una guerra. Entonces la fuerza de las tropas no sería como ahora. Todos esos Westfalianos y hessianos que Napoleón dirige no lo seguirían a Rusia ni nosotros iríamos a batirnos a Austria ni a Prusia sin saber para qué. La guerra no es una diversión, sino la cosa más vil del mundo; es preciso comprenderla y no jugar a ella. Se debe aceptar seria y gravemente esa terrible necesidad. Todo consiste en rechazar la mentira, y la guerra no será un juego. En cambio, ahora es el entretenimiento favorito de gente ociosa y superficial... La clase militar es la más digna. Y ¿qué es la guerra? ¿Qué se necesita para tener éxito en las operaciones militares? ¿Cuáles son las costumbres de la sociedad militar? La finalidad de la guerra es el homicidio; sus instrumentos, el espionaje, la traición, la ruina de los habitantes, el saqueo y el robo para aprovisionar al ejército, el engaño y la mentira, llamadas astucias militares; las costumbres de la clase militar son la disciplina, el ocio, la ignorancia, la crueldad, el libertinaje, y la borrachera, es decir, la falta de libertad. A pesar de todo esto, esa clase superior es respetada por todos. Todos los reyes, excepto el de China,

llevan el uniforme militar, y se conceden las mayores recompensas al que ha matado más gente... Los soldados se reúnen como, por ejemplo, sucederá mañana, para matarse unos a otros. Se matarán y mutilarán decenas de miles de hombres y, después, se celebrarán misas en acción de gracias porque se ha exterminado mucha gente (cuyo número se suele exagerar) y se proclamará la victoria creyendo que cuantos más hombres se han matado, mayor es el mérito. ¿Cómo es posible que Dios los escuche y los mira desde allí? -grito el príncipe Andrey con voz aguda y chillona-. ¡Oh, querido amigo, durante los últimos tiempos me es muy penoso vivir! Veo que he empezado a comprender demasiado y es malo para el hombre conocer el árbol de la sabiduría del bien y del mal... (Parte X, cap. 25, pp 737-738)

... A la pregunta: “¿Cuál es la causa de los acontecimientos históricos?”, se presenta la siguiente respuesta: “La marcha de los acontecimientos está predestinada desde arriba, depende de, depende de la concordia de los actos de todos los hombres que participan en ellos, y la influencia de Napoleón sobre el desarrollo de estos acontecimientos no es más que externa y ficticia.”

Por extraña que parezca desde el primer golpe de vista... que la batalla de Borodino, en la que cayeron ochenta mil hombres, no se produjo por la voluntad de Napoleón (a pesar de las órdenes que diera para iniciarla y seguirla) y que sólo lo consideraba así, el caso es que la dignidad humana que me dice que cada uno de nosotros, si no es más grande, en ningún caso vale menos que el gran Napoleón, me lleva a admitir esa solución como una hipótesis, y las investigaciones históricas lo confirman plenamente.

En la batalla de Borodino, Napoleón no disparó contra nadie, no mató a nadie. Esto lo hicieron los soldados. Por consiguiente, no era él quien mataba a los hombres.

Los soldados de ejército francés iban a matar a sus semejantes, no por orden de Napoleón, sino por su propio deseo. Todo el ejército -compuesto de franceses, italianos, alemanes y polacos-, hambriento, con la ropa destrozada y extenuado por la marcha, al encontrarse frente a las tropas que le cerraban el camino a Moscú, se dio cuenta de que *le vin est tiré et qu'il faut le boire*. Si en aquel momento Napoleón le hubiese prohibido batirse con los rusos, lo habrían matado y habrían ido a luchar con los rusos porque aquella lucha les era necesaria.

Al escuchar la orden de Napoleón que, para consolarlos de sus mutilaciones y de la muerte, les dijo palabras para la posteridad, recordándoles que estaban en la batalla del Moscova, gritaron: “*vive l'empereur!*”, como lo habían hecho ante el retrato del niño que atravesaba el globo terráqueo con la varita del boliche, y lo mismo que a cada insensatez que les decía no podían hacer otra cosa sino gritar: “*Vive l'empereur!*” e ir a batirse para hallar en Moscú el alimento y el descanso de los vencedores. Por consiguiente no fue a causa de la orden de Napoleón por lo que fueron a matar a sus semejantes. Y no fue él quien dirigió la batalla, ya que no se cumplió nada de su disposición y durante ésta no supo lo que sucedía delante de él. Así, pues, el hecho de que estos hombres se mataran no fue debido a la voluntad de Napoleón, sino independientemente de él, por la de cientos de miles de seres que participaban en una obra común. A Napoleón *le parecía* que todo se llevaba a cabo por su voluntad. Por eso, la pregunta de si estaba resfriado no presenta más interés para la Historia que la de si lo está el último soldado de un convoy.

(...)

... Las presuntas órdenes dadas por Napoleón durante la batalla no eran peores que las de precedentes, sino exactamente iguales que todas las demás. Pero esa disposición y esas órdenes parecen peores porque la batalla de Borodino fue la primera que no ganó. Los planes más sagaces parecen equivocados, y cualquier militar instruido los critica con aire significativo cuando, al seguirlos, no se ha ganado una batalla, mientras que las peores disposiciones y las órdenes más absurdas parecen excelentes cuando la lucha ha sido ganada

y los hombres doctos consagran innumerables tomos para demostrar su excelencia. (Parte X, cap. 38, p 744-745)

... Todas las órdenes... las daban los jefes que se encontraban más cerca de las filas, sin pedir consejo, no ya a Napoleón, sino ni siquiera a Ney, a Davout o a Murat. No temían que se les castigara por incumplimiento de una orden o por haberla dado por su propia iniciativa, porque en una batalla está en juego la cosa más preciada para un hombre: su propia vida, y a veces parece que la salvación está en la huida hacia atrás y a veces hacia delante. Y estos hombres actuaban de acuerdo con el momento en el calor de la refriega. En realidad todos estos movimientos de vaivén no mejoraban ni cambiaban la situación de las tropas. Todos sus ataques y sus choques no les causaban apenas perjuicio; eran las balas y los obuses que volaban sobre aquel espacio en que se agitaban los que causaban muertes y heridas. En cuanto aquellos hombres salían de allí, sus jefes los obligaban a rehacer sus formaciones, los sometían a la disciplina y, bajo su influencia, volvían a aquel círculo de fuego, en el que de nuevo (bajo la sensación del miedo a la muerte) perdían la disciplina y se agitaban guiados por el instinto. (Parte X, cap. 33, p 758)

(Reflexiones de Napoleón al final de la campaña rusa) ...y proyectil perdido podía matarlo. Todo aquello era posible. En las batallas anteriores no había pensado más que en las posibilidades de éxito; en ésta, por el contrario, se le representaban una infinidad de circunstancias funestas y las esperaba todas. Sí; aquel era como una pesadilla en que un hombre se ve atacado por un malhechor y, en un desesperado esfuerzo, levanta la mano para golpearlo, aunque sabe que ese golpe ha de ser su perdición y siente que su mano débil e impotente cae como un guiñapo y lo invade el terror de una derrota inevitable, el horror de un hombre indefenso. (Parte X, cap. 34, pp 760- 761)

(Reflexiones de Kutuzof antes de la batalla) ... No daba ninguna orden, limitándose a aprobar o rechazar lo que proponían.

“Sí, sí, haced esto”, contestaba a algunas proposiciones. Sí, sí, ve a verlo, querido”, decía a tal o a cual de sus subordinados. O bien: “No, no lo hagas; es mejor que esperemos”. Escuchaba los informes que le traían y daba alguna orden cuando se la pedían, pero de las palabras, sino tan sólo por la expresión de los rostros o el tono de la voz de sus comunicantes. Su larga experiencia militar y su mente de hombre viejo le hacían comprender que un solo hombre no puede guiar a cientos de miles que luchan con la muerte; que las batallas no se resuelven por las órdenes del comandante en jefe, por el lugar en que se hallan las tropas, por la cantidad de cañones, no por el número de bajas, sino por esa fuerza inapreciable que se llama espíritu del ejército, y por eso procuraba seguir aquella fuerza y guiarla hasta donde le era posible. (Parte X, cap. 35, pp 761-762)

(Andrey) se acordó de Natasha, tal como la había visto por primera vez en el baile de 1810, aquella muchacha de cuello y brazos delgados, de rostro feliz, asustado y dispuesto al entusiasmo, y el amor y la ternura por ella invadieron su alma más viva e intensamente que nunca. En aquel momento recordó el lazo que existía entre él y ese hombre que lo miraba a través de las lágrimas que empañaban sus ojos hinchados. Se acordó de todo y sintió que su corazón se henchía en un arrebato de piedad y de amor. Sin poder contenerse por más tiempo, se echó a llorar de amor por los hombres y por sí mismo, así como por los errores de los demás y los suyos propios.

“La misericordia, el amor por el prójimo, por los que nos aman, por los que nos odian, por nuestros enemigos, ese amor que Dios ha predicado en la tierra, que la princesa María me

enseñaba y que yo no podía comprender, es el motivo de que lamentara abandonar la vida; eso es lo que me quedaría aún si viviera. Pero es demasiado tarde. Lo sé”. (Parte X, cap. 36, p 769)

(Estado de ánimo de Napoleón) Aún sin que diese órdenes, se hacía lo que deseaba y tomaba disposiciones tan sólo porque creía que las esperaban. De nuevo se transportó a aquel mundo artificial de antes, poblado de visiones de grandeza, y de nuevo, como un caballo que gira en torno a una noria y se imagina que hace algo para sí mismo, penoso e inhumano que le estaba predestinado.

El espíritu y la conciencia de ese hombre, que llevaba más penosamente que los otros actores de esa obra la carga de lo que pasaba, no sólo se ensombreció aquel día y a aquella hora, sino que hasta el fin de su vida no pudo comprender el bien, la belleza, la verdad ni el significado de sus propios actos, tan contrarios a todo lo bueno y tan alejados de todo lo humano. Era incapaz de renunciar a sus actos, alabados por medio mundo, y por esto tuvo que renunciar al bien y a la verdad. (Parte X, cap. 38, p 770)

(Napoleón) Destinado por la Providencia al triste y servil papel de verdugo de los pueblos, trataba de convencerse que la finalidad de sus actos era el bien de los pueblos y que quería guiar los destinos de millones de seres y hacer el bien por medio del poder.

(...)

Se imaginaba que la guerra contra Rusia se había producido por su voluntad, y el horror de lo que había ocurrido no sobrecogía su alma. Aceptaba osadamente la responsabilidad del acontecimiento, y su mente ofuscada hallaba justificación en el hecho de que entre los cientos de miles de hombres que habían perecido había menos franceses que habitantes de Hesse o bávaros. (Parte X, cap. 38, pp 771-772)

... Se cernieron unas nubecillas y una lluvia menuda empezó a caer sobre los cadáveres, los heridos y los hombres espantados, sin fuerzas, que empezaban a dudar. Aquella lluvia parecía decir: “¡Basta! ¡Basta, hombres! ¡Cesad... ! ¡Recobraos! ¡Qué hacéis?”

Los soldados de ambos ejércitos, cansados y hambrientos, se preguntaban si les ordenarían seguir matándose; en todos los rostros se veía la vacilación, y en cada alma surgía esta pregunta: “¿Por qué debo matar y dejarme matar? ¡Matad a quien queráis, haced lo que se os antoje, pero yo no quiero seguir!”

Al atardecer, esa idea había madurado en el alma de todos. En cualquier momento todos estos hombres podían horrorizarse de lo que hacían, abandonarlo todo y huir donde fuese.

Sin embargo, a pesar de que al final de la batalla los hombres sentían todo el horror de su proceder y les hubiera alegrado cesar, una fuerza incomprensible y misteriosa seguía guiándolos. Los artilleros, cubiertos de sudor, de polvo y de sangre, cansados y sin aliento, reducidos a la tercera parte, traían las cargas, cargaban, apuntaban y encendían las mechas; los proyectiles volaban de ambos lados con la misma rapidez y crueldad, destrozando cuerpos humanos, y continuaba realizándose aquel acontecimiento pavoroso, que no se debía a la voluntad de los hombres, sino a la de Aquel que rige el mundo entero.

Cualquiera que hubiese visto las últimas filas desorganizadas del ejército ruso, habría dicho que los franceses no tenían más que hacer otro pequeño esfuerzo para aniquilarlo. Y cualquiera que hubiese visto las últimas filas del ejército francés habría dicho que los rusos sólo debían hacer un pequeño esfuerzo para que éste desapareciera. Pero ni los franceses ni los rusos lo hacían, y la llama de la batalla se extinguía lentamente. (Parte X, cap. 39, pp 772-773)

El movimiento de la Humanidad, derivado de una cantidad innumerable de voluntades humanas, se realiza ininterrumpidamente.

La finalidad de la Historia es llegar a comprender las leyes de este movimiento. Pero para comprender las leyes de movimiento continuo resultante de las voluntades de los hombres, la inteligencia humana admite unidades separadas y arbitrarias. El primer procedimiento de la Historia consiste en coger de un modo arbitrario una serie de acontecimientos ininterrumpidos y examinarlos separadamente, cuando no hay ni puede haber principio de ningún acontecimiento porque siempre uno emana de otro. El segundo procedimiento consiste en examinar los actos de un hombre, rey o capitán, como resultantes de la voluntad humana, cuando este resultado no se expresa nunca en la actividad de un personaje histórico tomado aisladamente.

La ciencia histórica, en su evolución, admite siempre unidades cada vez más pequeñas para sus instigaciones y de este modo trata de acercarse a la verdad. Pero, por pequeñas que sean las unidades que acepta la Historia, nos damos cuenta de que es falso el hecho de separar las unidades, de admitir el principio de un fenómeno cualquiera, así como ver y expresar las voluntades de todos los hombres en la actividad de un solo personaje histórico.

Toda conclusión histórica se deshace como el polvo, sin dejar rastro tras sí, bajo el mínimo esfuerzo de la crítica, si ésta elige como medida de observación una unidad más grande o más pequeña, cosa a la que tiene perfecto, puesto que la unidad histórica es siempre arbitraria.

Sólo tomando para nuestra observación la unidad infinitesimal, los diferenciales de la Historia, es decir, las tendencias uniformes de los hombres, y llegando al arte de integrar (uniendo las sumas de esas infinitesimales), podemos esperar que comprenderemos las leyes de la Historia. (Parte XI, cap. 1, p 775)

Los quince primeros años del siglo XIX presentan en Europa un extraordinario movimiento de millones de hombres. Todos abandonan sus ocupaciones habituales, se dirigen de un lado a otro de Europa, saquean, matan, triunfan y se desesperan; la marcha de la vida se modifica durante unos cuantos años y presenta un movimiento que al principio se incrementa para debilitarse después. ¿Cuál fue la causa de este movimiento y qué leyes lo produjeron?, se preguntan los humanos.

Los historiadores que contestan a esta pregunta nos exponen los actos y los discursos de unas cuantas decenas de hombres dentro de uno de los edificios de la ciudad de París y dan a esos actos y a esos discursos el nombre de revolución. Después nos ofrecen la biografía detallada de Napoleón y de algunos hombres que le fueron hostiles o adictos; hablan de la influencia que algunos de esos hombres ejercieron sobre los demás y dicen: “he ahí por qué se produjo aquel movimiento y he ahí sus leyes”.

Pero la razón humana no sólo se niega a creer en esa explicación, sino que nos dice abiertamente que su procedimiento es ilógico porque toma el fenómeno más débil por la causa fuerte...

(...)

Para estudiar las leyes de la Historia hemos de cambiar completamente el objeto de la observación, dejar en paz a los reyes, ministros y generales y estudiar los elementos homogéneos, infinitamente pequeños, que guían a las masas. Nadie sería capaz de decir hasta qué punto la Historia puede obtener por este camino la comprensión de sus leyes. Pero es evidente que sólo en él está la posibilidad de captarlas, y que por este camino la razón humana no ha realizado todavía la millonésima parte de los esfuerzos hechos por los historiadores para describir los actos de distintos reyes, capitanes y ministros, y para exponer sus consideraciones respecto de tales actos. (Parte XI, cap. 1, pp 775-776)

...La actividad de un jefe no se parece en nada a la que nos imaginamos, sentados en nuestro despacho, ante un mapa de una campaña cualquiera con un número determinado de tropas por una y otra parte, en un país conocido o empezando nuestras deducciones a partir de un momento dado. Un jefe no se encuentra nunca en las condiciones del *principio* de un acontecimiento cualquiera bajo las cuales lo examinamos nosotros. Un jefe se encuentra siempre en medio de una serie agitada de acontecimientos de manera que jamás, en ningún momento, puede sopesar todo el significado del acontecimiento que se está desarrollando. A veces, el acontecimiento adquiere importancia insensiblemente y a cada momento, de un modo progresivo, el comandante en jefe se encuentra en medio del juego más complicado de intrigas, preocupaciones, dependencia del poder, proyectos, consejos, amenazas y engaños, y se ve obligado a contestar a una infinidad de preguntas que se le hacen y que a menudo son contradictorias... (Parte XI, cap. 2, p 778)

Después de la toma de Esmolensco en todas las ciudades y pueblos rusos, sin la intervención del conde Rostopchin ni de sus octavillas, sucedía lo mismo que sucedió posteriormente en Moscú. El pueblo no se sublevaba, no se alteraba, ni destrozaba a nadie, sino que esperaba tranquilamente al enemigo, sometiéndose al Destino, seguro de que sabría lo que tendría que hacer en el momento más difícil. En cuanto el enemigo se acercaba, los habitantes más ricos se iban, dejando sus bienes; los más pobres se quedaban e incendiaban y destruían lo que quedaba.

Todos los rusos sentían que tenía que ser así y que así sería siempre. Esa convicción, unida al presentimiento de que Moscú sería tomada por los franceses, se había extendido en la sociedad moscovita en 1812. Lo que abandonaron Moscú en el mes de julio y a principios de agosto demostraron que esperaban que ocurriera eso. Lo que se fueron, llevándose lo que pudieron, abandonando sus casas y la mitad de sus bienes, obraron así debido a aquel patriotismo latente que no se expresa por medio de frases, sacrificando a los hijos por la salvación de la patria, ni otros actos antinaturales, sino de un modo imperceptible, sencillo y natural, y que por eso da siempre los mejores resultados. (Parte XI, cap. 5, p 783)

(Escena del jesuita francés: pp 786-7)

Rostopchin, hombre impulsivo y sanguíneo, que pasaba la vida entre las altas esferas de la administración, no tenía la menor idea de aquel pueblo, que creía gobernar a pesar de sus sentimientos patrióticos. Desde que el enemigo había entrado en Esmolensco, Rostopchin adoptó en su imaginación el papel de guía del sentimiento popular del corazón de Rusia. No sólo le parecía (como le suele ocurrir a todo gobernante) que dirigía los actos externos de los habitantes de Moscú, sino que guiaba su estado de ánimo por medio de sus llamamientos y de sus carteles, que redactaba en ese idioma que el pueblo desprecia en su ambiente y no entiende cuando le llega de esferas superiores. El hermoso papel de guía del sentimiento popular le gustaba tanto a Rostopchin, se había habituado tanto a él, que la necesidad de abandonarlo, la necesidad de abandonar Moscú sin realizar ninguna heroicidad efectista lo había cogido desprevenido. De pronto, notó que el terreno que pisaba resbalaba bajo sus pies, y decididamente no supo lo que debía hacer. Aunque le constaba que se abandonaría Moscú, no lo creyó hasta el último momento, ni hizo nada en este sentido. Los habitantes se iban en contra de su voluntad. Si se trasladaban las oficinas era debido a la exigencia de los funcionarios, a la que el conde accedió de mala gana. En cuanto a él personalmente, se entregaba a la actividad que había creado para sí mismo. Como suele suceder a menudo con los hombres dotados de gran imaginación, sabía desde hacía tiempo que se abandonaría

Moscú, pero sólo por razonamiento. No creía en eso con su alma, y su imaginación no lo transportó a esa nueva situación.

(...)

Pero cuando el acontecimiento adquirió proporciones históricas, cuando resultó insuficiente expresar el odio contra los franceses tan sólo por medio de palabras, cuando ni siquiera se pudo expresar por medio de una batalla, cuando la seguridad en sí mismo fue inútil respecto del problema de Moscú, cuando toda la población, como si fuese un solo hombre, abandonando sus bienes, salió de la capital demostrando con ese acto negativo la fuerza de su sentimiento nacional, resultó insensato el papel que había elegido Rostopchin. De repente, se encontró solo, débil y ridículo, sin terreno bajo sus pies. (Parte XI, cap. 24, p 826)

Durante las épocas de tranquilidad, todo gobernante cree que la población depende de él, se mueve gracias a sus esfuerzos y halla la principal recompensa de sus desvelos en la conciencia de ser imprescindible. Mientras el mar histórico está en calma, el lógico que el gobernante crea que el buque en el que apoya la pértiga, estando en su frágil lancha, se mueve debido a sus esfuerzos. Pero basta que se desencadene la tempestad, que el mar se agite y el buque se aleje, y el error ya no es posible. El buque avanza con su marcha gigantesca e independiente, la pértiga no lo alcanza y, de pronto, la situación de señor, la fuente de poderío del gobernante se transforma en la de un hombre nulo, inútil e impotente. (Parte XI, cap. 25, p 827)

(Muerte de Vereschaguin)

- Golpeadlo -murmuró el oficial a los dragones.

Y uno de ellos, con el rostro deformado por la ira, golpeó con la vaina del sable a Vereschaguin en la cabeza.

- ¡Ah!- gritó éste sorprendido.

Se volvió asustado como si no comprendiera por qué le pegaban.

Un gemido de sorpresa y horror, igual al de Vereschaguin, recorrió la multitud.

- ¡Oh! ¡Dios mío! - exclamó alguien.

Pero después de su exclamación de sorpresa, Vereschaguin se quejó a causa del dolor y eso fue lo que lo perdió. El freno de la compasión humana, que se había mantenido tenso hasta el último grado y que contenía a la multitud, se rompió instantáneamente. El crimen había empezado y era preciso llevarlo a cabo. Ese gemido lastimero y de reproche fue ahogado por el rugido amenazador e iracundo de la multitud...

(...)

Sólo cuando la víctima hubo cesado de debatirse y sus gritos se sustituyeron por un estertor prolongado y uniforme, la gente comenzó a desplazarse apresuradamente pasando ante el cuerpo ensangrentado. Todos se acercaban, miraban lo que habían hecho y se retiraban horrorizados, sorprendidos y con expresión de reproche.

- ¡Oh! ¡Dios mío! Qué cruel es la gente. Lo han matado -se oía decir.

- Y era tan joven... (Parte XI, cap. 25, p 830)

... “Conde, sólo Dios está por encima de nosotros”. Recordó de pronto las palabras de Vereschaguin y un desagradable escalofrío le recorrió la espalda. Pero ese sentimiento desagradable no duró mucho, y el conde sonrió despectivamente pensando en sí mismo. “*J’avais d’autres devoirs. El fallait apaiser le peuple. Bien d’autres victimes ont péri et périssent pour le bien public*”, se dijo. Empezó a meditar en los deberes que tenía respecto de su familia, de su capital (capital que le habían confiado) y en sí mismo, no como en Fiodor Vasilievich Rostopchin (suponía que Fiodor Vasilievich se sacrificaba por el *bien público*), sino como el general gobernador, representante del poder y delegado del zar. “Si yo no fuese

más que Fiodor Vasilievich, *ma ligne de conduit aurait été tout autrement tracée*, pero así debo conservar la vida y la dignidad de general gobernador”.

Balanceado sobre los suaves muelles del coche y no oyendo el rumor de la multitud, Rostopchin se tranquilizó físicamente y, como suele ocurrir siempre, con la calma física, su mente no tardó en presentarle argumentos para hallar la paz moral. La idea que tranquilizó a Rostopchin no era una idea nueva. Desde que existe el mundo y los hombres se matan unos a otros, nunca un hombre, después de cometer un crimen contra un prójimo, ha dejado de tranquilizarse con esa misma idea. Es la idea del *bien public*, el bien de los demás...

El hombre que no está dominado por la pasión no conoce este bien. Pero, en cambio, el que ha cometido un crimen sabe en qué consiste. Rostopchin lo sabía ahora.

No sólo no se reprochaba en sus razonamientos la acción que había cometido, sino que hallaba motivos de satisfacción por haber sabido aprovechar tan *a propos* el castigo de un criminal para apaciguar al pueblo.

“Vereschaguin había sido juzgado y condenado a muerte”, se decía Rostopchin. En realidad, tan sólo lo habían condenado a trabajos forzados. “Era un traidor; yo no podía dejar de castigarlo y, además, así *je faisais d’une pierre deux coups*: una víctima al pueblo para apaciguarlo y castigué al malhechor”.

Una vez llegado a su casa de campo, se ocupó de asuntos de familia y se tranquilizó por completo.

Al cabo de media hora, el conde atravesaba al trote de los caballos los campos de Sokolniki sin pensar ya en lo que había ocurrido, sino sólo en lo que iba a ocurrir. ..

(...)

Aunque ese recuerdo era reciente, Rostopchin sintió que había penetrado profunda y dolorosamente en su corazón. Comprendía que esa huella sangrienta no se cicatrizaría jamás; por el contrario, cuanto más tiempo pasara tanto más lo atormentará hasta el fin de su vida. La parecía oír el sonido de sus propias palabras: “Destrozadlo, os lo ordeno”. “¿Por qué pronuncié estas palabras? Lo hice sin querer... Pude no haberlas dicho; entonces nada hubiera sucedido”, pensó. Vio el rostro asustado, de expresión cruel, del dragón que golpeará a ese muchacho silencioso, que vestía una pelliza de piel de zorro, y la mirada tímida y llena de reproche que le dirigió éste... “Pero no lo hice por mí. Estaba obligado a llevar las cosas a ese extremo. *La plebe, le traître... le bien public*”, pensaba. (Parte XI, cap 26, pp 831-832)

Aunque estaban hambrientos, agorados, harapientos y diezmados en una tercera parte, los soldados franceses habían entrado en Moscú en formaciones ordenadas. Era un ejército cansado y destrozado, pero temible aún y dispuesto a combatir. Sin embargo, no fue ejército más que hasta el momento en que los soldados se dispersaron. En cuanto entraron en las casas ricas, deshabitadas, el ejército se aniquiló para siempre formándose algo intermedio entre los habitantes de una ciudad y los soldados, lo que se suele llamar merodeadores. Cinco semanas después, cuando estos mismos hombres salieron de Moscú, ya no constituían un ejército. Era una muchedumbre de merodeadores y cada uno de ellos llevaba un montón de objetos que consideraba valiosos y necesarios. La finalidad de todos, a la salida de Moscú, no consistía como antes en conquistar, sino tan sólo en conservar lo que habían adquirido. Lo mismo que un mono, que ha metido la mano en el cuello estrecho de un jarro donde la ha llenado de nueces, no quiere abrir el puño para no perder lo que ha cogido, cosa que lo pierde, los franceses, al salir de Moscú, habían de perecer fatalmente porque se llevaban lo que habían saqueado. Pero les era imposible abandonar su botín lo mismo que al mono al abrir la mano llena de nueces. A los diez minutos de haber entrado un regimiento francés en un barrio cualquiera de Moscú, no quedaba un solo soldado ni un solo oficial. A través de las ventanas

se veían hombres con capotes y guerreras que se paseaban por las habitaciones hablando y riendo...

(...)

... Y Moscú iba engulléndose a los soldados poco a poco. El agua que corre por una tierra seca desaparece y ya no existe agua ni tierra seca. Lo mismo ocurrió con el ejército francés hambriento. Al entrar en una ciudad abandonada, llena de provisiones, quedó aniquilado y ésta desapareció también surgiendo en su lugar el lodo, los incendios y el pillaje. (Parte XI, cap. 26, p 835)

.... Unos cuantos vasos de vino y la conversación con aquel bondadoso capitán habían aniquilado el estado de ánimo sombrío y reconcentrado en el que se encontrara durante los últimos días, y que era indispensable para llevar a cabo su propósito (matar a Napoleón). La pistola, el puñal y el caftán estaban preparados. Napoleón entraría en Moscú al día siguiente. Pierre seguía considerando que era digno y útil matar al malhechor, pero se daba cuenta de que ya no lo haría. ¿Por qué? Lo ignoraba. Era como si tuviese un presentimiento. Luchaba contra la conciencia de su debilidad, pero tenía la vaga sensación de que no podría vencerla, que se antiguo curso de ideas sombrías acerca de la venganza, del asesinato y del sacrificio se había dispersado como polvo al contacto con el primer hombre.

El capitán entró en la habitación cojeando ligeramente y silbando una melodía.

La charla del francés, que ante divirtiera a Pierre, le pareció ahora repulsiva. La cancioncita que silbaba, sus andares, sus gestos, la manera de retorcerse las guías de bigote, todo en él le parecía ahora ofensivo.

“Me iré en seguida. No le diré una sola palabra más”, pensó. Sin embargo, permaneció sentado en el mismo sitio. Una extraña sensación de debilidad lo tenía clavado en la silla. Quería marcharse, pero no se sentía con fuerzas para hacerlo. (Parte XI, cap. 29, p 845)

El alma del príncipe Andrey no estaba en su estado normal. Por lo general el hombre sano piensa, siente recuerda simultáneamente una infinidad de cosas y tiene el poder de elegir una serie de ideas o de fenómenos y retener en ellos toda su atención. El hombre sano, en medio de la reflexión más profunda, se interrumpe para decir una palabra amable a la persona que entra y vuelve de nuevo a sus ideas. Así, pues, el alma del príncipe Andrey no se encontraba en un estado normal en este sentido. Las fuerzas de su alma eran más activas y más claras que nunca, pero actuaban al margen de su voluntad. Simultáneamente, se apoderaban de él las más diversas ideas. A ratos, su pensamiento comenzaba a trabajar con una fuerza y una lucidez tales como nunca había sido capaz de hacerlo estando sano. Pero, de pronto, en medio del desarrollo de sus ideas, el pensamiento se interrumpía, sustituyéndose por alguna imagen inesperada, y ya no era capaz de volver a ellas. “Sí, me ha sido revelada una nueva felicidad que no se puede arrebatar al hombre -pensaba tendido en la penumbra de la *isba* con los ojos, inmóviles y febriles, fijos ante sí-. La felicidad que se encuentra al margen de las fuerzas físicas, al margen de las influencias exteriores, la felicidad del alma, la felicidad del amor. Puede comprenderla cualquier hombre, pero sólo Dios capaz de reconocerla y prescribirla. Pero ¿cómo ha presentado Dios esta ley? Porque su Hijo...” De pronto, el curso de sus pensamientos se interrumpió y oyó (no sabía si lo oía realmente o deliraba) una voz suave que repetía en un susurro acompañado: “Beber, beber, beber”, y después: “er... er... er...”

(...)

... De pronto, lo asaltaron de nuevo, con una claridad y una fuerza extraordinarias, una serie de ideas o de sentimientos.

“Sí, el amor -volvió a pensar con toda lucidez-, pero no el que se experimenta por algo y para algo, sino ese otro que sentí por primera vez cuando, estando a la muerte, vi a mi enemigo y lo

amé. Experimenté ese amor que es la esencia misma del alma y que no necesita objeto alguno. Aun ahora tengo esa sensación de felicidad. Amar a los prójimos, amar a los enemigos. Amar a todos y a Dios en todas sus manifestaciones. Se puede amar con amor humano a un ser querido, pero sólo a un enemigo se le ama con amor divino. Ese fue el motivo de que sintiera tanta alegría cuando me di cuenta de que quería a aquel hombre. ¿Qué habrá sido de él? ¿Vivirá aún...? El amor humano puede convertirse en odio, pero el amor divino no puede modificarse. Nada, ni siquiera la muerte, puede destruirlo. Es la esencia del alma. He odiado a muchas personas en mi vida. Pero a nadie he amado ni odiado tanto como a ella”. Se representó vivamente a Natasha, pero no como otras veces, sólo bajo su aspecto encantador, agradable para él, sino que, por primera vez, pensó en su alma. Comprendió sus sentimientos, lo que había sufrido, su vergüenza y su arrepentimiento. Por primera vez, comprendió toda la crueldad de su ruptura con ella. “Si me fuera posible verla tan sólo una vez. Decirle una vez, mirando a esos ojos...” (Parte XI, cap. 32, pp 854-855)

Los que no hemos vivido en la época en que la mitad de Rusia estaba conquistada, en que los habitantes de Moscú huían a las más apartadas provincias, en que las milicias se sucedían unas a otras para defender la patria, nos figuramos que todos los rusos, desde el más grande hasta el más humilde, tenían sólo un pensamiento: el de sacrificarse para salvar la patria o llorar su perdición. Todos los relatos de aquella época hablan de sacrificios, de amor a la patria, de la desesperación y de la desgracia de los rusos. Pero la realidad no era ésa. A nosotros nos parece así porque sólo vemos el interés histórico de aquella época y no prestamos atención a los pequeños intereses personales. Sin embargo, lo cierto es que esos intereses personales del momento son mucho más importantes que los intereses comunes. Los primeros impiden ver y sentir los últimos. La mayor parte de los hombres de aquella época no hacían caso del desarrollo general de los acontecimientos, sino que se dejaban guiar por sus propios intereses. Y esos hombres fueron precisamente los actores más útiles de aquella época.

Los que trataron de comprender la marcha general de los acontecimientos y por sacrificio y heroísmo quisieron participar en ellos, fueron los miembros más inútiles de la sociedad. Todo lo juzgaban erróneamente, y lo que hacían para ser útiles resultaba absurdo, como, por ejemplo, los regimientos organizados por Pierre y Mamonov, que se dedicaron a saquear las aldeas rusas; las vendas, hechas por las damas, que nunca llegaban a los heridos, etcétera. Incluso a los que les gustaba decir cosas ingeniosas y expresar sus sentimientos, dejaban traslucir en sus sentimientos, dejaban traslucir en sus discursos, al referirse a la situación de Rusia, un sello de afectación y falsedad, o bien una censura inútil y cólera contra los hombres acosados de lo que nadie era culpable. En los acontecimientos históricos se destaca con gran evidencia la prohibición de probar el fruto del árbol de la sabiduría. Sólo la actividad inconsciente da frutos, y el hombre que representa un papel en un acontecimiento histórico nunca comprende su significado. Sí intentara comprenderlo, sus actos resultarían estériles.

La importancia del acontecimiento que tenía lugar en Rusia en aquella época pasaba tanto más inadvertida cuanto más ligados estaban a él sus colaboradores. En San Petersburgo, así como en las provincias alejadas de Moscú, las damas y los caballeros que vestían uniformes de milicianos lloraban por Rusia y su capital y hablaban los sacrificios, etcétera; pero en el ejército que retrocedía casi no se mencionaba la capital y, al verla arder, nadie juraba vengarse de los franceses, sino que todos pensaban en la soldada, en la próxima etapa, en Matriosha la cantinera, etcétera. (Parte XII, cap. 4, pp 871-872)

(Sonia rompe con Nikolai a petición de la condesa Rostov) Sonia rompió a llorar con sollozos histéricos; dijo que estaba dispuesta a hacer todo lo que fuera preciso, pero no hizo esa

promesa. En el fondo de su alma no podía decidirse a hacer lo que se le exigía. Era preciso sacrificarse por la felicidad de la familia que le había recogido y educado.. tenía costumbre de sacrificarse por los demás. Su situación en casa de los Rostov era tal, que sólo por medio de la abnegación podía demostrar sus méritos, y le gustaba hacerlo. Antes se daba cuenta con alegría de que todos sus actos de abnegación la realizaban ante ella misma y ante los demás y la hacían más digna de Nikolai, al que amaba más que a nadie en el mundo. Pero ahora su sacrificio consistía en renunciar a lo que constituía la recompensa de sus sacrificios y el sentido de su vida. Por primera vez sintió amargura hacia las personas que la habían recogido y protegido para hacerla sufrir después aún más. Tuvo envidia de Natasha, que nunca había experimentado nada parecido y nunca había tenido necesidad de sacrificarse, sino que exigía sacrificios a los demás, y a la que, sin embargo, todos querían. También por primera vez sintió que su amor por Nikolai, tan puro y apacible hasta entonces, empezaba a transformarse en una pasión violenta que estaba al margen de las leyes, de la virtud y de la religión. Bajo la influencia de este sentimiento, Sonia, que a causa de su independencia estaba acostumbrada al disimulo, respondió a la condesa con palabras vagas, evitó hablar con ella y resolvió esperar a Nikolai, no para liberarlo de su palabra, sino, por el contrario, para unirse a él para siempre. (Parte XII, cap. 8, p 882)

(Interrogatorio de Davour a Pierre) Davour levantó los ojos fijándose en Pierre. Durante varios segundos se miraron, y eso lo salvó. En aquella mirada se estableció entre aquellos dos hombres una relación humana. Al margen de todas las condiciones de la guerra y del proceso. En aquel momento ambos sintieron vagamente una infinidad de cosas: comprendieron que ambos pertenecían a la Humanidad, que eran hermanos. Para Davour, en el momento en que levantó la cabeza de la relación en que los asuntos y las vidas humanas se clasificaban por números, Pierre no era más que una circunstancia y, sin cargar su conciencia con una mala acción, lo hubiera mandado fusilar, pero de pronto vio a un hombre en él. Por un momento se sumió en reflexiones. (Parte XII, cap. 10, p 887)

Probablemente se oyó la voz de mano. Probablemente retumbaron a continuación las descargas de ocho fusiles; pero, por más esfuerzos que hizo Pierre posteriormente, no recordó haber oído nada. Tan sólo vio que, de pronto, aparecía sangre en dos lugares, que las cuerdas cedían bajo el peso del cuerpo y el condenado se sentaba en el suelo con la cabeza y las piernas curvadas de un modo antinatural. Corrió hacia el poste. Nadie lo detuvo. Unos hombres asustados y pálidos hacían algo en torno al obrero. A un soldado viejo, bigotudo, le temblaba la mandíbula inferior mientras desataba las cuerdas. El cuerpo cayó. Varios soldados se apresuraron a arrastrarlo detrás del poste y lo echaron al hoyo.

A todos les constaba que eran unos criminales y que debían ocultar las huellas de su crimen.

(...)

Pierre miraba con ojos inexpresivos a esos tiradores que salían del círculo de dos en dos. Todos se unieron a la compañía, excepto un joven soldado que, pálido como un muerto, con el casco echado hacia atrás y el fusil en la mano, seguía en el mismo sitio desde el cual había disparado. Se tambaleaba como si estuviese borracho, sin poder restablecer el equilibrio. Un viejo suboficial salió corriendo de las filas y, agarrándolo por un hombro, lo arrastró a la compañía. La muchedumbre empezó a dispersarse. Todos caminaban en silencio con las cabezas bajas.

- *Ça leur apprendra á incendier*- dijo en francés.

Pierre se volvió hacia el que hablaba; era un soldado. Procuraba consolarle de lo que habían hecho, pero no lo logró. Sin acabar la frase, se alejó con un gesto de desaliento. (Parte XII, cap. 11, p 890)

Desde el momento en que Pierre presenció aquel horrible asesinato, cometido por unos hombres que no habían querido hacerlo, le parecía que habían extraído de su alma el resorte que sostenía y daba sentido a todo en la vida y que todo se había desmoronado en un montón de ruinas. Aunque no se diera cuenta de ello se habían destruido en él la fe tanto en el bienestar del mundo como en el alma humana, en la suya propia y en Dios. Antes ya había experimentado esa sensación, pero nunca tan intensamente como entonces. En otro tiempo, cuando lo asaltaban dudas de este género, tenían por origen sus propias faltas. En el fondo de su alma se daba cuenta de que la salvación estaba en su misma persona. Pero esta vez comprendía que no había sido él la causa de que el mundo se hundiera ante sus ojos, convirtiéndose en un montón de ruinas. Sentía que ya no dependía de él recobrar la fe en la vida. (Parte XII, cap. 12, p 891)

De nuevo *eso* empuja desde dentro. Los esfuerzos sobrehumanos del príncipe Andrey resultan vanos; los dos batientes de la puerta se abren silenciosamente. *Eso* entra; es la muerte. Y el príncipe Andrey muere.

Pero en el momento en que moría, recordó que estaba durmiendo y, haciendo un esfuerzo, se despertó.

“Era la muerte. He muerto... y me he despertado. Sí, la muerte es el despertar.” Este pensamiento iluminó de pronto su alma, y el velo que le había ocultado lo desconocido hasta aquel momento aparecía levantado ante su mirada espiritual. Se sintió liberado de la fuerza que antes lo ligara y de nuevo lo invadió la extraña sensación de bienestar que ya no lo abandonó más. (Parte XII, cap. 16, p 904)

La razón humana no puede comprender el conjunto de las causas de los acontecimientos. Pero la necesidad de buscar una causa es inherente al alma del hombre. Sin penetrar en la infinidad ni en la complejidad de las circunstancias de los fenómenos, cualquiera de los cuales puede ser causa de un acontecimiento, se aferra a la primera, a la más comprensible, y dice: “Ésta es”. En los acontecimientos históricos (en los que el objeto de observación son los actos humanos), la voluntad de los dioses es la que se presenta como la primera causa; después, sigue la de los hombres que ocupan el lugar histórico más evidente, el de los héroes. Pero basta penetrar en el fondo de cada fenómeno histórico, es decir, en la actividad de las masas que han tomado parte en él, para convencerse de que la voluntad de héroe no guía a las masas, sino que ella misma es guiada. (...) En un acontecimiento histórico no puede existir una causa única. Pero hay leyes que en parte desconocemos y en parte vislumbramos. Únicamente se pueden descubrir si renunciamos por completo a buscar las causas en la voluntad de un solo ser, lo mismo que se hizo posible el descubrimiento de las leyes planetarias cuando los hombres renunciaron a representarse la inmovilidad de la tierra. (Parte XIII, cap. 1, pp 905-906)

El mérito de Kutuzov no consistió en ninguna maniobra genial, estratégica, como se suele llamar, sino en que fue el único en comprender la importancia del acontecimiento que se realizaba. Fue el único en comprender entonces ya lo que significaba la inactividad del ejército francés y en afirmar que la batalla de Borodino representaba la victoria. Él, que por su situación de comandante en jefe hubiera debido, según parece, estar dispuesto al ataque, empleó todas sus fuerzas para preservar a las tropas de combates inútiles. (Parte XIII, cap. 2, p 908)

Si los cosacos hubiesen perseguido a los franceses sin prestar atención a lo que tenían en torno suyo, habrían hecho prisionero a Murat y a todos los que estaban allí. Y era eso precisamente lo que querían los jefes. Pero había sido imposible obligarlos a seguir avanzando una vez que hubieron llegado al lugar donde estaba el botín y los prisioneros. Nadie obedecía las órdenes. Se hicieron mil quinientos prisioneros, se capturaron treinta y ocho cañones, varias banderas y, lo que era más importante para los cosacos, caballos, sillas, mantas y diversos objetos. Era preciso poner en lugar seguro los prisioneros, y los cañones, repartirse el botín e incluso gritar y discutir, y los cosacos se entretuvieron en eso.

Los franceses se recobraron de la primera impresión al ver que nadie los perseguía y, formando de nuevo sus unidades, contraatacaron las fuerzas de Orlov, que, esperando a las demás columnas, no avanzaba... (Parte XIII, cap. 6, p 914)

Un sinfín de fuerzas independientes (pues el hombre no se muestra nunca tan libre como en el momento de una batalla donde trata de vivir o morir) influyen sobre la dirección de una batalla, que no puede ser determinada de antemano ni coincidir jamás con la que le imprime una fuerza individual cualquiera.

(...)

Es evidente que la batalla de Tarutino no alcanzó el objetivo que se proponía Toll, es decir, conducir las tropas por el orden de la disposición, ni tampoco el del conde Orlov, de hacer prisionero a Murat, ni el de aniquilar instantáneamente al enemigo que abrigaban Bennigsen y otros, como tampoco el del oficial que soñaba distinguirse o el del cosaco que quería adquirir mayor botín, etcétera. Pero si su meta consistía, correspondiendo al deseo unánime de todos los rusos, en arrojar a los franceses y aniquilar su ejército, precisamente a consecuencia de sus errores esa batalla fue la que se necesitaba en aquel momento de la campaña. Es difícil, casi imposible, imaginarse un desenlace más útil que el que tuvo aquel combate. Con los mínimos esfuerzos, la mayor confusión e ínfimas pérdidas, se obtuvieron los mayores resultados de toda la campaña. Se pasó de la retirada a la ofensiva, se puso en evidencia la debilidad de los franceses y se dio el choque que esperaba el ejército de Napoleón para emprender la fuga. (Parte XIII, cap. 7, p 916)

La situación del ejército era semejante a la de un animal herido que siente que está perdido y no sabe lo que hace. Estudiar las maniobras de Napoleón y el objetivo perseguido (desde su entrada en Moscú hasta el aniquilamiento de su ejército) es lo mismo que estudiar la importancia de los saltos y convulsiones de un animal mortalmente herido. A menudo, al oír un ruido, se lanza hacia el disparo del cazador, retrocede y apresura su propio fin. Lo mismo hizo Bonaparte bajo la presión de su ejército. El rumor de la batalla de Tarutino asustó a la fiera, que se lanzó al encuentro del disparo. Pero al llegar hasta el cazador, retrocedió de nuevo y, finalmente, como todo animal, echó a correr por el camino más peligroso y con menos ventajas, pero cuyas huellas le eran conocidas. (Parte XIII, cap. 10, p 925)

En Moscú, arruinada e incendiada, Pierre había llegado casi al límite extremo de las privaciones que puede soportar un hombre. Pero gracias a su fuerte constitución y a su salud, que había ignorado hasta entonces y, sobre todo, a que esas privaciones se produjeron de un modo general, paso por ellas casi insensiblemente y hasta con alegría. Precisamente por aquella época consiguió la calma y la satisfacción a las que había aspirado antes en vano. En el transcurso de toda su vida había buscado por doquier esa calma y ese acuerdo consigo mismo que tanto le había sorprendido en los soldados de Borodino. Había querido encontrarlas en la filantropía, en la masonería, en el vino, en el heroísmo del sacrificio y en el amor romántico hacia Natasha. Las había buscado en el pensamiento, pero todas esas

búsquedas y tentativas lo habían engañado. Espontáneamente, sin pensar en ello, había encontrado de pronto esa calma y ese acuerdo consigo mismo, tan sólo por medio del horror a la muerte, por medio de las privaciones y de lo que había descubierto en Karataiev. El horrible momento que vivió durante la ejecución de sus compañeros parecía haber borrado para siempre de su imaginación las ideas y los pensamientos que antes le parecieron tan importantes. No se le ocurría pensar en Rusia, en la guerra, en la política ni en Napoleón. Le parecía evidente que ninguna de esas cosas le incumbía, no había sido llamado para ellas y, por tanto, no podía erigirse en juez. Su intención de matar a Bonaparte sus cálculos sobre el número cabalístico y la bestia del *Apocalipsis* se le antojaban ahora incomprensibles e incluso ridículos. La ira que sintiera contra su mujer y la desazón porque su nombre fuese vilipendiado, no sólo le parecían pueriles, sino hasta divertidas. ¿Qué le importaba que esa mujer llevase la vida que le pluguiera? ¿A quién podría importarle? Y, sobre todo, ¿qué le importaba a él que se supiera que él, el prisionero, era el conde Bezujov?

Se acordaba a menudo de su conversación con el príncipe Andrey y estaba completamente de acuerdo con él, pero comprendía el pensamiento de éste de un modo algo distinto. El príncipe pensaba que sólo existe una dicha negativa, cosa que decía con un matiz de ironía y amargura. Era como si, al decir eso, expresara otro pensamiento: que todas las aspiraciones a la felicidad que llevamos dentro han sido introducidas en nosotros no para satisfacernos, sino para atormentarnos. Pero Pierre, sin ningún doblez de pensamiento, reconocía la justeza de esa opinión. La ausencia de sufrimientos, la satisfacción de las necesidades y, gracias a eso, la libertad de elegir su ocupación, se presentaban ahora a Pierre como una dicha indiscutible, como la mayor de las dichas del hombre. En aquella época comprendió por primera vez el placer de comer cuando se tiene hambre, de beber cuando se tiene sed, de dormir cuando se tiene sueño, de calentarse cuando se tiene frío, de hablar con un hombre cuando se tienen deseos de intercambiar impresiones y de oír una voz humana. La satisfacción de las necesidades, una buena alimentación, la limpieza y la libertad -entonces, que estaba privado de todo eso-, le parecían la dicha completa. En aquel momento en que la elección de las ocupaciones estaba tan limitada, se le antojaba la cosa más fácil del mundo y le hacía olvidar que una vida demasiado cómoda aniquila el placer de la satisfacción de las necesidades y que la excesiva libertad para elegir las, aquella libertad que le había ofrecido su instrucción, su riqueza y su posición social, la vuelve muy difícil y destruye la necesidad y la posibilidad de ocuparse en algo.

Todas las ilusiones de Pierre aspiraban en aquel momento a verse libre. Sin embargo, posteriormente, evocó y habló siempre con entusiasmo de aquel mes de cautiverio, de aquellas sensaciones intensas que no volverían y, sobre todo, de aquella serenidad de alma y de la plena libertad interior que había experimentado. (Parte XIII, cap. 12, p 926-927)

... Pierre se dio cuenta de que la fuerza fatal que lo había aplastado durante la ejecución y que no se había dejado sentir mientras estaba en la cárcel, volvía a apoderarse de él. Tuvo miedo, pero notó que a medida que aquélla trataba de dominarlo, en su alma crecía y se fortificaba una fuerza independiente, la fuerza de la vida.

Comió unas gachas de harina de centeno y carne de caballo y charló un poco con sus compañeros.

Ni él ni los otros hicieron alusión a lo que acababan de ver en Moscú, al trato grosero que les dispensaban los franceses ni tampoco a la orden que se había dado de fusilar a los rezagados. En contraposición a la situación, que se iba agravando, todos se mostraban especialmente alegres y animados. Hablaron de recuerdos personales. Y comentaron algunas escenas jocosas que habían presenciado durante la marcha. (Parte XIII, cap. 14, p 932)

Cuando el hombre se mueve, siempre adjudica una meta a su movimiento. Para recorrer mil *verstas*, el hombre debe pensar que más allá de ellas, existe algo bueno. Es necesario representarse una tierra prometida para tener fuerzas de moverse.

Durante la invasión de los franceses, la tierra prometida era Moscú y, durante la retirada, Francia...

Para los franceses que retrocedían por la antigua carretera de Esmolensco, la meta final... era Esmolensco. No era porque los soldados supieran que en aquella ciudad había muchos víveres y tropas de refresco; no podían haberles dicho eso (los jefes superiores del ejército y Napoleón en persona sabían que había allí muy pocas provisiones), sino porque era lo único que podía darles fuerza para moverse y soportar las privaciones. Tanto los que sabían esto cómodos que lo ignoraban, se engañaban, aspirando a llegar a Esmolensco como a la tierra prometida.

Una vez que hubieron salido al camino real, los franceses corrieron hacia la meta que se habían inventado con sorprendente energía e inaudita velocidad. Además del motivo general de aquel movimiento que ligaba a aquella muchedumbre de franceses en un conjunto, había otro: su número. Aquella enorme masa, siguiendo la ley física de la atracción, atraía a los hombres aislados como a unos átomos. Se movían, con su masa de cien mil hombres, semejando un Estado entero.

Cada uno de esos hombres sólo deseaba una cosa: que lo hicieran prisionero con tal de librarse de aquellos horrores. Pero, por una parte, la tendencia general hacia el objetivo, hacia Esmolensco, atraía a todos en la misma dirección y, por otra, un cuerpo de ejército no podía rendirse a una compañía. Y a pesar de que los franceses aprovechaban todas las ocasiones para separarse unos de otros y dejarse hacer prisioneros, ante cualquier pretexto digno, esos pretextos no se presentaban siempre. Su número y su movimiento rápido y compacto los privaba de esa posibilidad, y no sólo era difícil, sino imposible para los rusos detener su marcha, en la que se concentraba toda su energía. El desgarramiento mecánico del cuerpo no podía acelerar más que hasta un cierto límite el proceso de descomposición que ese llevaba a cabo.

Es imposible fundir instantáneamente una bola de nieve. Existe un cierto límite de tiempo antes del cual ningún esfuerzo puede derretirla. Por el contrario, cuanto más intenso sea el frío, tanto más dura se vuelve la nieve.

Ninguno de los jefes militares rusos, excepto Kutuzov, comprendía esto...

Kutuzov fue el único en emplear todas sus fuerzas (ningún comandante en jefe suele tener fuerzas muy poderosas) para impedir la ofensiva.

No podía decir a los militares lo que decimos ahora. ¿Por qué batirse? ¿Por qué cerrar el camino a los franceses, por qué perder a nuestros soldados, por qué llevar a la matanza a unos desgraciados? ¿Para qué hacer todo esto cuando desde Moscú hasta Viazma, sin lucha, se había licuado la tercera parte de aquel ejército? En cambio, con su sabiduría de viejo les hablaba de cosas que podían comprender: les decía que “a enemigo que huye...” Pero ellos se burlaban, lo calumniaban, se enfadaban y mostraban su bravura sobre la fiera muerta. (Parte XIII, cap. 19, pp 939-941)

... todos los hechos de la Historia (hasta el punto en que la conocemos) nos confirman la exactitud de ese fenómeno, es a saber: que los mayores o menores éxitos de una nación frente al ejército de otra son causas o, al menos, indicios esenciales del aumento o la disminución de la fuerza de los pueblos. Si un ejército gana una batalla, inmediatamente aumentan los derechos del pueblo vencedor en detrimento del vencido. Si, por el contrario, un ejército es derrotado, acto seguido, en la medida de su derrota, la nación pierde sus derechos y, por

último, si el aniquilamiento de las tropas es total, el pueblo se somete por completo. (Parte XIV, cap. 1, p 941)

Durante su cautiverio en la barraca, Pierre descubrió, no por medio de la inteligencia, sino con todo su ser, con la vida misma, que el hombre ha sido creado para la dicha, que ésta reside en él, en la satisfacción de las necesidades naturales y que todas las desgracias provienen del exceso y no de la falta de cosas. Pero después, durante aquellas tres semanas de marcha, se enteró de otra verdad consoladora: que no hay nada temible en este mundo. Supo que lo mismo que no existe en la tierra una situación en que el hombre sea feliz y completamente libre, tampoco hay ninguna en que sea totalmente desgraciado y esclavo. Comprendió que hay un límite para el sufrimiento y otro para la libertad y que ambos están muy cerca; que el hombre que sufre porque en su lecho de rosas se doblado un pétalo, sufre exactamente igual que sufría Pierre al tratar de dormirse en la tierra húmeda y de calentarse por un lado mientras se le enfriaba el otro. Cuando se ponía zapatos de baile demasiado estrechos padecía igual que ahora que iba descalzo (hacía bastante que sus botas se habían destrozado) y tenía los pies lacerados. Comprendió que cuando se casó, por su propia voluntad según creía, no era mayor su libertad que ahora que lo habían encerrado en una cuadra...

(...)

Sólo entonces comprendió toda la fuerza vital del ser humano y esa capacidad beneficiosa de cambiar de atención que tiene el hombre, semejante a la válvula de seguridad de las máquinas de vapor, que despiden el exceso de éste cuando su presión sobrepasa la medida normal.

Pierre no había visto ni oído el fusilamiento de los presos rezagados, a pesar de que habían caído más de ciento de esta forma. No pensaba en Karataiev, que se debilitaba a cada momento, y que sin duda no tardaría en correr la misma suerte. Y aún menos en sí mismo. Cuanto más penosa se volvía su situación y más terrible se le presentaba el porvenir, más alegres y consoladores eran sus pensamientos, sus recuerdos y sus ilusiones, independientemente de cuanto lo rodeaba. (Parte XIV, cap. 12, pp 964-965)

“La vida lo es todo. La vida es Dios. Todo cambia y se mueve, y ese movimiento es Dios. Mientras existe la vida, existe el goce de reconocer la existencia divina. Amar la vida, amar a Dios. Lo más difícil y lo que proporciona mayor felicidad es amar esa vida con sus sufrimientos, con sus sufrimientos inmerecidos.”

“¡Karataiev!”, recordó Pierre. (Parte XIV, cap. 15, p 968)

Todos seguían adelante sin saber adónde se dirijan ni para qué. Y el que no sabía menos que nadie era el genial Napoleón, ya que no recibía órdenes de nadie. Sin embargo, tanto él como los que lo rodeaban observaban sus antiguas costumbres: redactaban órdenes, cartas, informes, *ordre du jour*; se llamaban unos a otros “*Sire, mon cousin, prince d’Eckmühl, roi de Naple*”, etcétera. Pero las órdenes y los informes no eran más que papeles: no se cumplía nada de lo ordenado porque era materialmente imposible hacerlo y, a pesar de los altos títulos que se daban, todos comprendían que eran hombres dignos de lástima, despreciables bribones que habían hecho mucho daño que debían expiar en aquel momento. Y aunque fingían preocuparse por el ejército, sólo pensaban en sí mismos, en la manera de huir lo más pronto posible para salvarse. (Parte XIV, cap. 16, p 971)

... Al llegar a Berezina de nuevo reinó la confusión; muchos se ahogaron, pero los que lograron atravesar el río siguieron su huida. El jefe supremo se puso una pelliza, montó en un trineo y partió solo, abandonando a sus compañeros. Otros siguieron su ejemplo y los que no pudieron hacerlo se rindieron y hallaron la muerte. (Parte XIV, cap. 17, p 972)

Y finalmente nos presentan como algo grandioso y genial la marcha del gran emperador. Incluso su último acto, la huida -que en el lenguaje humano se llama una gran cobardía y hasta se enseña a los niños a condenarlo vergonzoso- adquiere justificación en boca de los historiadores.

Cuando ya es imposible seguir estirando los hilos elásticos de los argumentos históricos, cuando las acciones son manifiestamente contrarias a lo que la Humanidad llama bueno y justo, los historiadores encuentran aún una concepción salvadora acerca de la grandeza, como si ésta pudiese excluir la posibilidad de medir el bien y el mal. No existe atrocidad alguna que se pueda atribuir a un hombre grande.

“*C’est grand!*”, dicen los historiadores, y ya no hay bien ni mal, sino lo que es *grand* y lo que no lo es. Lo *grand* es lo bueno, lo que no es *grand*, lo malo. Según sus ideas, lo *grand* es el atributo de unos seres especiales, llamados héroes. Y Napoleón, al marcharse arrebuñado en una buena pelliza abandonando no sólo a sus compañeros, sino (según creía) a los hombres que él había llevado allí, sentía que *c’est grand*, y su alma estaba tranquila.

“*Du sublime* -veía algo sublime en sí mismo- *au ridicule il n’y a pas q’un pas*”, decía. Y el mundo entero repite durante cincuenta años: “*Sublime! Grand! Napoléon le Grand! Du sublime au ridicule il n’y a q’un pas*”.

Y a nadie se le ocurre que el hecho de reconocer la grandeza, que no se puede medir con la medida del bien y del mal, no es sino el reconocimiento de su propia insignificancia y de su infinita pequeñez.

Con el concepto del bien y del mal que nos ha dado Cristo, no hay nada inconmensurable. Y no hay grandeza donde no existan la sencillez, el bien y la verdad. (Parte XIV, cap. 18, p 973)

Al referirse a ese período de la campaña en que las tropas rusas, careciendo de botas, pellizas, víveres, y vodka, pasaron meses enteros en medio de la nieve con quince grados bajo cero; en que los días no tenían más que siete u ocho horas de duración y las demás constituían la noche, durante la cual no puede ejercer influencia la disciplina; en que los hombres no entraban en el dominio de la muerte sólo durante la batalla y, por consiguiente, unas cuantas horas, sino que vivían meses enteros luchando a cada momento con ella a causa del hambre y del frío, y en que en el espacio de un mes había perecido la mitad del ejército los historiadores nos dicen que Miloradovich hubiera debido ejecutar una marcha de flanco, Tormsov hacer tal cosa y Chichagov cambiar de posición (con la nieve hasta la rodilla), y nos cuentan cómo aquél derrotó y cercó al ejército, etcétera.

Las tropas rusas, diezmadas en la mitad de sus efectivos, hicieron todo lo que pudieron para alcanzar un objetivo digno del pueblo, y no tienen la culpa de que hubiera otros rusos que permanecían entre tanto en habitaciones bien calientes combinando planes irrealizables.

Esta extraña e incomprensible contradicción entre los hechos y la descripción de la Historia se debe a que los historiadores nos han relatado los sublimes sentimientos de ciertos generales, repitiéndonos sus palabras en lugar de referir los acontecimientos.

Encuentran muy divertidas las palabras que pronunció Miloradovich, las recompensas que ha recibido tal o cual general, así como sus reflexiones. En cambio, los cincuenta mil hombres que quedaron en los hospitales y cementerios no les interesan en absoluto porque éstos no conciernen a sus investigaciones.

Sin embargo, basta dejar a un lado el estudio de los informes y de los planes militares y penetrar en el movimiento de esos cientos de miles de hombres que tomaron parte directa en los acontecimientos, para que todos los problemas que parecen insolubles hallen una solución clara y sencilla.

El plan de cortar la retirada de Bonaparte no existió jamás en el ejército, excepto en la imaginación de unos diez hombres. No podía haber existido porque era insensato hubiera sido imposible realizarlo.

La meta del pueblo era echar al invasor del suelo ruso. En primer lugar, esta meta se alcanzó por sí sola, porque los franceses huían y sólo era preciso no detenerlos en su marcha. En segundo, por la guerra de guerrillas que aniquilaba al enemigo, y, en tercero, porque el gran ejército ruso lo seguía y estaba dispuesto a emplear la fuerza en caso de que se detuviera.

Las tropas rusas debían actuar como el látigo sobre un animal que corre. Y el experimentado perseguidor sabía que era más conveniente blandir el látigo, amenazando al animal en su huida, que pegarle en la cabeza. (Parte XIV, cap. 19, p 976)

Abandonada en su desgracia por la princesa María, Natasha pasaba la mayor parte del tiempo sola en su habitación, sentada en un extremo del diván con las piernas recogidas, desgarrando o estrujando algún objeto con sus dedos finos y nerviosos, mientras sus ojos se clavaban inmóviles en cualquier lugar. Esa soledad la extenuaba y la hacía sufrir, pero le era imprescindible. En cuanto alguien entraba en la habitación, se levantaba rápidamente, cambiaba de actitud y de expresión y cogía un libro o una labor, esperando con visible impaciencia que se fuera.

Siempre le parecía que estaba a punto de comprender el terrible problema en el que estaba fija su mirada espiritual. (Parte XV, cap. 1, p 978)

Por raro que parezca, una herida moral producida por un desgarramiento del ser espiritual se cicatriza poco a poco lo mismo que una herida física. Y lo mismo que ésta, cuando parece que sus bordes se han unido, una profunda herida moral se cicatriza desde dentro, gracias a la fuerza de la vida que pugna por salir. Así fue como se cicatrizó la herida de Natasha. Creía que su vida había terminado. Pero, de pronto, el cariño que sentía por su madre le demostró que la esencia de su vida -el amor- estaba aún vivo en ella. Renació el amor y, con él, la vida. (Parte XV, cap. 3, p 981)

Kutuzov sabía, y no por medio de su inteligencia ni de su sabiduría, sino por sentirlo con todo su ser ruso, como cualquier soldado, que los franceses estaban vencidos, que huían y que sólo era preciso dejarlos marchar. Pero al mismo tiempo, como las tropas, sentía todo el peso de esa marcha inaudita por su rapidez y por la época del año en que se llevaba a cabo.

Son embargo, en aquel momento, en que cualquier batalla hubiera sido una villanía y una insensatez, los generales, sobre todo los extranjeros -que deseaban distinguirse, asombrar al mundo y hacer prisionero a algún duque o rey- creían que era oportuno luchar y vencer al enemigo. Kutuzov se limitaba a encogerse de hombre cuando le presentaban sin cesar proyectos para hacer maniobras con aquellos soldados descalzos, sin pellizas, hambrientos, que en el espacio de un mes y sin librar batalla habían menguado en la mitad y que, aun cuando la huida se efectuase en las mejores condiciones, tendrían que recorrer para llegar a la frontera una distancia mayor de la que habían recorrido... (Parte XV, cap. 4, pp 983-984)

Tal es la suerte de los que no son grandes hambres, a los que no reconocen los rusos; tal es la suerte de aquellos pocos hombres, siempre solitarios que, comprendiendo la voluntad de la Providencia, someten a ella la suya propia. El odio y el desprecio de la muchedumbre castigan a esos hombres por haber previsto las leyes superiores.

Para los historiadores rusos (por extraño y terrible que sea decirlo), Napoleón -ese ínfimo instrumento de la Historia que nunca y en ninguna parte, ni siquiera en el destierro, demostró tener dignidad humana- constituye un tema de exaltación y entusiasmo, es un hombre *grand*.

En cambio, Kutuzov, aquel hombre que desde el principio hasta el fin de su actividad en 1812, desde Borodino a Vilna, No se contradijo ni una sola vez con palabras ni con actos, ese ejemplo sin precedentes de abnegación y de rara clarividencia, que presentía los acontecimientos, aparece como un ser indefinido y digno de lástima. Al hablar de él y del año 1812, los historiadores parecen experimentar un cierto sentimiento de vergüenza.

Sin embargo, es difícil representarse un personaje histórico que persiguiera con mayor perseverancia un único objetivo. Es difícil imaginarse una meta más digna y más en consonancia con la voluntad de todo un pueblo. Y es aún más difícil hallar otro ejemplo en la Historia en que el objetivo perseguido fuese alcanzado tan plenamente.

Kutuzov no habló nunca de “los cuarenta siglos que nos contemplan desde las Pirámides”, de los sacrificios que hacía en aras de la patria, de los que se proponía hacer ni de lo que había hecho. En general, no hablaba de sí mismo, ni parecía desempeñar ningún papel; era un hombre sencillo que hablaba de cosas corrientes. Escribía cartas a sus hijas y a madame de Staël, leía novelas, le gustaba la compañía de las mujeres bellas, bromeaba con los generales y oficiales y no contradecía jamás a los que querían demostrarle algo. Cuando el conde Rostopchin le hizo reproches en el puente Yausky culpándolo de la pérdida de Moscú y le dijo: “¿Por qué ha prometido no abandonar Moscú sin antes dar una batalla?”, Kutuzov contestó: “No pienso abandonar Moscú sin luchar”, a pesar de que aquello era ya un hecho. Cuando Arakcheiev fue a verlo de parte del emperador diciendo que se debía nombrar a Yermolov comandante de artillería, Kutuzov replicó: “Acabo de decir lo mismo”, a pesar de que un minuto antes había dicho todo lo contrario. ¿Qué le importaba a Kutuzov, que era, en medio de una muchedumbre inútil, el único en darse cuenta de la enorme importancia de aquel acontecimiento, que el conde Rostopchin le imputase a él o a sí mismo las desdichas de la capital? Y le interesaba aún menos a quién iban a nombrar comandante de artillería.

Aquel anciano a quien la experiencia de la vida había convencido de que las ideas y las palabras que las expresan no son los verdaderos motores de los humanos, decía palabras que no tenían sentido alguno, es decir, las primeras que le acudían a la cabeza, no sólo en tales casos, sino constantemente.

Pero este hombre que tanto despreciaba sus propias palabras, jamás pronunció una sola que no estuviera de acuerdo con el único objetivo que persiguió durante toda la guerra. En diversas ocasiones había expresado involuntariamente su pensamiento, a pesar de tener la firme convicción de que no le entenderían. Empezando por la batalla de Borodino, que dio principio a sus disensiones con los que lo rodeaban, fue el único en decir que *constituía la victoria*, cosa que repitió verbalmente y en los informes hasta su misma muerte. Fue el único en afirmar que *la pérdida de Moscú no significaba la pérdida de Rusia*. Como respuesta a las proposiciones de paz de Lauriston dijo que no podía firmarse la paz *porque era contraria a la voluntad del pueblo*. Fue el único en sostener durante la retirada de los franceses que *todas las maniobras rusas eran inútiles, que las cosas se arreglarían por sí solas mejor delo que podía desearse, que a enemigo que huye puente de plata, que no se necesitaban para nada las batallas de Tarutino, Viazma ni de Krasnoie, que era preciso llegar a la frontera con efectivos y que no sacrificaría un solo ruso por diez franceses*.

Y ese hombre a quien nos describen como un cortesano, ese hombre que miente a Arakcheiev con objeto de dar gusto al emperador, fue el único que se atrevió a decir en Vilna, cayendo así en desgracia ante su soberano, que *la guerra más allá de las fronteras rusas era inútil*.

Pero las palabras no hubieran podido demostrar por sí solas que Kutuzov comprendía entonces lo que significaba aquel acontecimiento. Sus actos, que tendían siempre al mismo objetivo sin apartarse en absoluto de él, consistían en las tres cosas siguientes: 1ª, concentrar sus fuerzas para enfrentarse con los franceses; 2ª, vencerlos, y 3ª, echarlos de Rusia aliviando en lo posible los sufrimientos de las tropas y del pueblo.

Kutuzov, el contemporizador cuya divisa era la paciencia y tiempo, el enemigo de los actos decisivos, libró la batalla de Borodino dando a todos los preparativos una solemnidad sin igual. El mismo Kutuzov, que antes que empezara la batalla de Austerlitz había asegurado que se perdería, en Borodino, en contraposición de la opinión de los generales que creían que aquel combate constituía una derrota y del ejemplo sin precedentes en la Historia de que las tropas tuvieron que replegarse después de su triunfo, fue el único en asegurar que había sido una victoria rusa. Fue el único en sostener constantemente que no debían librarse más batallas, que ya eran inútiles, que no debía empezarse una nueva guerra ni se debía cruzar la frontera.
(...)

Pero ¿cómo pudo entonces aquel anciano, contra la opinión de todo el mundo, adivinar con exactitud el significado del sentido nacional de aquel acontecimiento de manera que no lo traicionó ni una sola vez con su actividad?

La fuente de esa extraordinaria fuerza intuitiva para penetrar en el sentido del fenómeno que se realizaba residía en el sentimiento patriótico que vibraba en Kutuzov, en toda su pureza y en toda su intensidad.

El pueblo eligió a Kutuzov como representante de la guerra nacional, en contra de la voluntad del zar, porque había reconocido en él ese sentimiento. Gracias a esto, Kutuzov alcanzó aquel puesto en el que concentró sus fuerzas no para matar y exterminar a sus hombres, sino para salvarlos y apiadarse de ellos.

Esa figura sencilla y modesta y, por consiguiente, magna no pudo amoldarse a la forma del héroe europeo, supuesto dominador de los pueblos inventado por la Historia. (Parte XV, cap. 5, p 985-987)

El generalísimo parecía preocupado y no prestaba atención las palabras del general. Haciendo muecas de disgusto, examinaba atentamente a los prisioneros, que presentaban un aspecto particularmente lamentable. La mayor parte de los franceses estaban desfigurados, tenían las narices y las mejillas heladas y los ojos rojos, inflamados y purulentos.

(...)

... Kutuzov paseó atentamente la mirada por todos ellos y reconoció a algunos.

- Os doy las gracias a todos -exclamó dirigiéndose a los soldados.

Se volvió de nuevo a los oficiales. En medio del silencio que se estableció, se destacaron las siguientes palabras pronunciadas con lentitud:

- Os agradezco a todos vuestro fiel y penoso servicio. Hemos obtenido la victoria, y Rusia no os olvidará. La gloria será vuestra en los siglos futuros.

Calló un momento y miró a su alrededor.

- ¡Eso es! Agáchale la cabeza -dijo al soldado que había inclinado sin querer el águila francesa ante las banderas del regimiento de Preobrajensky-. ¡Más, más! ¡Ahí está bien! ¡Hurra, muchachos!

- ¡Hurra! -Rugieron millares de voces.

Mientras los soldados lanzaban gritos de júbilo, Kutuzov, encorvado sobre la silla, inclinó la cabeza y su único ojo brilló con una expresión dulce, casi socarrona.

- Escuchadme, muchachos -empezó diciendo cuando los gritos se hubieron calmado.

Y de pronto su voz y la expresión de su rostro cambiaron. Ya no era el generalísimo quien hablaba, sino un viejo muy sencillo, que tenía que comunicar algo importante a sus compañeros.

Se produjo un movimiento entre los oficiales y soldados; todos querían oír mejor lo que iba a decir Kutuzov.

- Escuchadme, muchachos: conozco perfectamente vuestra penosa situación, pero ¿qué podemos hacer? Tened paciencia, ya queda poco. En cuanto arrojemos a los invasores

podremos descansar. El zar no olvidará vuestros servicios. Pasáis penalidades; pero, al fin y al cabo, estáis en vuestra tierra. En cambio, ya veis a lo que han llegado ellos.... -añadió dirigiéndose a los prisioneros-. Su estado es peor que el de los más miserables mendigos. Mientras eran poderosos, no teníamos motivo para compadecerlos, pero ahora son dignos de lástima. Son hombres como nosotros. ¿No os parece, muchachos?

Kutuzov miró en torno suyo y observó que las miradas de los soldados, llenas de respeto, fijas en él, reflejaban simpatía por sus palabras. Su rostro se iluminó con una sonrisa dulce de viejo que le hacía arrugas en las comisuras de los labios y alrededor de los ojos. Guardó silencio durante un rato e inclinó la cabeza con expresión de perplejidad.

- Pero, a decir verdad, ¿quién los ha llamado a nuestra tierra? Tienen su merecido..., son unos c..., unos c... -exclamó de pronto levantando la cabeza.

Y blandiendo el látigo, por primera vez durante toda la campaña, se alejó al galope, acompañado de alegres risas y de los hurras de los soldados que habían roto filas.

Las palabras de Kutuzov apenas si fueron comprendidas por las tropas. Nadie hubiera podido repetir el contenido de aquel discurso solemne al principio e impreso de una bondadosa sencillez de anciano al final. Pero todos los soldados comprendieron su sentimiento magnánimo de piedad hacia el enemigo, unido a la conciencia de su propia justicia, que Kutuzov había expresado precisamente por medio de aquel insulto bondadoso. Y todos lo hicieron patente lanzando prolongados y alegres gritos. Después de esto, cuando uno de los generales se dirigió a Kutuzov para preguntarle si deseaba subir al coche, éste le respondió con un sollozo: hasta tal punto estaba emocionado. (Parte XV, cap. 6, pp 988-989)

(Pierre) fue comprendiendo las noticias de que se enterara a raíz de su liberación: la muerte del príncipe Andrey, la de Helene y la derrota de los franceses.

Su alma se sentía invadida por un agradable sentimiento de libertad, de esa libertad completa, innata al hombre y que no se le puede arrebatar, que había experimentado por primera vez durante la etapa que hicieron al salir de Moscú. Le asombraba esa libertad interior, independiente de las circunstancias exteriores; parecía presentarse ahora sin exceso y acompañada además de la libertad externa. Se hallaba solo y sin amigos en una ciudad desconocida. Nadie le exigía nada; nadie le daba órdenes. Tenía todo cuanto deseaba; ya no existía el problema de su mujer, que antes lo atormentara constantemente.

“¡Oh, qué bien se está! ¡Qué bien se está!”, se decía a veces, cuando le acercaban la mesa, tan limpia y bien puesta, con un plato de caldo oloroso, cuando se acostaba en su blando lecho o cuando recordaba que su mujer ya no existía y que los franceses estaban derrotados. Pero, debido a su antigua costumbre, se preguntaba: “¿Qué pasará ahora? ¿Qué voy a hacer?” E inmediatamente se contestaba: “¡Nada! Seguiré viviendo. ¡Oh, qué bien se está!”

Ya no existía para él el problema de tener un objetivo en la vida, que tanto le atormentaba antaño y que había buscado con tal ahínco. Y no era por casualidad, ni momentáneamente, sino que se daba cuenta de que ese objetivo no existía ni podía existir. Y a eso se debía precisamente aquella sensación agradable de completa libertad, de esa libertad que constituía su dicha.

No podía tener un objetivo porque por ahora poseía la fe, no creía en reglas convencionales ni en palabras, sino en un Dios vivo y siempre presente. Antes había buscado a Dios en las misiones que se imponía. Cuando buscaba un objetivo para la vida no era más que la búsqueda de Dios. Estando prisionero, descubrió de pronto y no por medio de palabras ni de razonamientos, sino por un sentimiento íntimo, una cosa que siempre le había dicho su niñera: que Dios que estaba en Karataiev era más grande, más infinito e inaccesible que el Arquitecto del Universo reconocido por los masones. Experimentaba la sensación de un hombre que acaba de encontrar a sus pies el objeto que buscaba forzando la vista para mirar a lo lejos.

Durante toda su vida había mirado a la lejanía por encima de las cabezas de los hombres que lo rodeaban, cuando en realidad no tenía por qué forzar la vista, sino tan sólo mirar ante sí. Antes no había sabido ver en nada lo grande, lo inaccesible y lo infinito. Únicamente presentía que estaba en alguna parte y se dedicaba a buscarlo. En lo familiar y lo comprensible veía intereses limitados, mezquinos, mundanos e insensatos. Se armaba de anteojo espiritual y miraba a la lejanía, al lugar donde esos intereses mezquinos le parecían grandiosos e infinitos únicamente porque estaban confusos a causa de la niebla que los velaba. Así se había representado la vida europea, la política, la masonería, la filosofía y la filantropía. Pero, incluso en los momentos que consideraba momentos de debilidad, su espíritu penetraba en la lejanía y también en ella vislumbraba los mismos intereses mezquinos, mundanos e insensatos. Ahora, en cambio, había aprendido a ver la parte magna, infinita y eterna de todas las cosas y, como es natural, para verla mejor, para disfrutar de esa contemplación, había abandonado el anteojo que empleara antes. Ya no miraba por encima de las cabezas de los demás hombres, ahora contemplaba con alegría la vida infinita, inaccesible, siempre grandiosa y con sus eternas variaciones que se desenvolvía en torno a él. Y cuanto más de cerca la miraba, tanto más tranquilo y feliz se sentía. La terrible pregunta “¿Por qué?”, que antes echara abajo todos sus razonamientos espirituales, ya no existía para él. Ahora su alma respondía sencillamente: “Porque existe Dios, ese Dios sin cuya voluntad no cae un solo cabello de la cabeza del hombre. (Parte XV, cap. 13, pp 1000-1001)

(Pierre)

- Damos mucha importancia a las desgracias y al sufrimiento, pero si en este momento me preguntaran: “¿Quieres seguir siendo el que eras antes del cautiverio o pasar de nuevo todo lo que has sufrido?”, volvería con gusto a ser prisionero y a comer carne de caballo. Pensamos que todo está perdido cuando se nos hace salir de nuestro senderito habitual, pero es ahí precisamente donde empieza lo nuevo y lo bueno. Mientras existe la vida, existe la felicidad. Delante de nosotros, hay tantas cosas... Se lo digo yo -añadió dirigiéndose a Natasha. (Parte XV, cap. 18, p 1012)

... Éste era el único temor de Pierre. Ahora no hacía ningún proyecto. Le aprecia tan increíble la felicidad que le esperaba que, una vez realizada, no podía ocurrir nada más. Todo terminaría ahí.

Se apoderó de él una locura alegre e inesperada, de la que se creía incapaz. Le aprecia que el sentido de la vida, no para él solo, sino para el mundo entero, estribaba en su amor y en la posibilidad de que Natasha lo quisiera. A veces, creía que todo el mundo se ocupaba únicamente de una cosa: de su futura felicidad. Creía que todos se alegraban como él y que sólo trataban de ocultar esa alegría simulando ocuparse de otros intereses. En cada palabra y movimiento de los demás, Pierre veía alusiones a su propia dicha. A menudo asombraba a la gente con sus miradas y sonrisas significativas, que expresaban una armonía íntima. Y cuando se daba cuenta de que algunas personas no podían comprender su felicidad, las compadecía con toda su alma y deseaba explicarles que las cosas que los ocupaban eran más absurdas y no merecían ninguna atención.

... Pero tanto los que parecían comprender el verdadero sentido de la vida, es decir, su amor, como los desgraciados que no lo entendían, todos se le presentaban en aquella época bajo la luz resplandeciente de sus sentimientos. Sin el menor esfuerzo, veía en todos lo que tenían de bueno y digno.

(...)

Posteriormente Pierre recordaba a menudo aquella época de locura feliz. Todos los razonamientos que había hecho entonces acerca de la gente y de las circunstancias quedaron

para él como juicios exactos para siempre. No sólo no renegó en lo sucesivo de sus opiniones de antaño sobre los hombres y las cosas, sino que, por el contrario, cuando se sentía presa de dudas y contradicciones, volvía a ellas.

“Tal vez entonces pareciera extraño y ridículo, pero no estaba tan loco como se hubiera podido creer. Al contrario, era más inteligente, más perspicaz que en cualquier otra época de mi vida. Comprendía todo lo que merece la pena de ser comprendido en la tierra porque... era feliz”, se decía.

La locura de Pierre consistía en que para amar a los hombres no esperaba unos motivos personales que antes llamara cualidades. Ahora su corazón rebosaba de amor y quería a los hombres sin un motivo determinado y aun hallaba causas irrefutables por las que merecían ser amados. (Parte XV, cap. 20, pp 1016-1017)

... siguiendo el desarrollo de la Historia, vemos que con cada año, con cada nuevo escritor, cambia el criterio de lo que constituye el bien de la Humanidad, que lo que aprecia bueno al principio se convierte en malo al transcurrir diez años, y viceversa. Y aún esto es poco. Encontramos en la Historia simultáneamente opiniones totalmente contrarias respecto al bien y al mal. Unos consideran como un mérito de Alejandro I la Constitución dada a Polonia y la Santa Alianza, y otros se lo reprochan.

No podemos decir si la actividad de Alejandro y la de Napoleón fueron útiles o nocivas pues no sabemos para qué fueron útiles ni para qué nocivas...

(...)

Si se admite que la vida humana puede guiarse por la razón, entonces la posibilidad de la vida se destruye. (Epílogo, parte I, cap. 1, p 1020)

Si admitimos, como los historiadores, que los grandes hombres conducen a la Humanidad hacia determinados objetivos -...-, entonces es imposible explicar los fenómenos de la Historia sin concebir el *azar* o el *genio*.

(...)

¿Por qué, pues, esto ha ocurrido así y no de otro modo? El historiador nos responde: “El azar ha creado la situación y el *genio* la ha utilizado”.

Pero ¿qué es el *azar*? ¿Qué es el *genio*?

(...)

Sólo al renunciar a conocer la meta próxima y comprensible, y al admitir que la meta final nos es inaccesible, veremos la consecuencia y la razón de la vida de los personajes históricos y nos será revelada la causa de esa acción inconmensurable con las cualidades humanas ordinarias que la producen, y ya no necesitaremos las palabras *azar* ni *genio*. (Epílogo, parte I, cap. 2, pp 1020-1021)

El hombre que ha arrasado Francia, vuelve allí solo, sin soldados y sin que se haya formado ningún complot contra él. Cualquier guardia podría detenerlo, por un extraño azar, no solamente nadie lo detiene, sino que todo el mundo acoge con entusiasmo a aquel hombre a quien volverán a maldecir dentro de un mes. Este hombre es necesario para justificar la última acción común. (Epílogo, parte I, cap. 4, p1025)

... cada individuo encierra en sí mismo sus propios objetivos, aun cuando éstos estén destinados al servicio de un interés general que no es capaz de comprender.

Una abeja que hace un momento estaba posada sobre una flor pica a un niño. Y éste teme a las abejas y dice que su misión es picar a los hombres. El poeta admira las abejas y afirma que su papel consiste en extraer el néctar de las flores. Al observar que la abeja recoge el polen de las

flores lo lleva a la colmena, el apicultor dice que su función consiste en libar la miel. Otro apicultor, que ha estudiado más a fondo la vida de la colmena, asegura que la abeja recoge el polen para alimentar las abejas jóvenes y crear la reina, que su objetivo reside en la procreación. El botánico observa que al volar con el polen de una flor masculina a otra femenina, la abeja fecunda esta última; así, pues, considera que éste es el papel de la abeja. Otro, al estudiar las variaciones de las plantas, ve que la abeja contribuye a ello, y puede creer, por tanto, que es ésa la función de dicho insecto. Pero la meta final de la abeja no está en ninguno de los objetivos que puede descubrir la inteligencia humana. Cuanto más alto se eleva el espíritu humano para descubrir esa meta, tanto más evidente le resulta el carácter inasequible del objetivo final.

El hombre no puede observar más que la concordancia de la existencia de las abejas con los otros fenómenos de la vida lo mismo acontece con los objetivos de los personajes históricos de los pueblos. (Epílogo, parte I, cap. 4, p 1026)

... Y apretaba sus puños de hombre sanguíneo, añadiendo: “Además, eso es justo, porque si el campesino tiene hambre, está desnudo y no cuenta más que con un caballo no puede trabajar para mí ni para él”.

Y probablemente porque Nikolai no se permitía pensar que hacía algo para los demás por virtud, todos sus actos eran fructíferos. Su fortuna aumentaba rápidamente, los campesinos de los alrededores le rogaban que los comprase y, mucho tiempo después de su muerte, el pueblo conservó un recuerdo piadoso de la época en que dirigió la hacienda. “Era un buen amo... Primero pensaba en el bienestar de los campesinos, después en el suyo propio. Pero no tenía manga ancha. En una palabra, era un verdadero amo”. (Epílogo, parte I, cap. 7, p 1033)

Natasha no seguía esa regla de oro que la gente inteligente y, sobre todo, los franceses recomiendan a las muchachas, y que consiste en no abandonarse, en cultivar sus talentos y en realzar los atractivos de su persona cuando se casan más que de solteras, para cautivar al marido, lo mismo que antes cautivara al que no lo era... Comprendía que el vínculo que la unía a su marido no se sostenía por los sentimientos poéticos que lo habían atraído hacia ella, sino por algo indefinido, aunque firme, como los vínculos entre su propio cuerpo y su alma.

(...)

El objeto que absorbía la atención de Natasha era la familia, es decir, el marido, al que era preciso llevar de modo que le perteneciera exclusivamente a ella, a la casa y a los hijos que debía traer al mundo, criar y educar.

Y cuanto más pensaba, no con su inteligencia, sino con toda su alma, con todo su ser, en el objeto que le interesaba, tanto más crecía éste y tanto más débiles le parecían sus fuerzas. Así, pues, las concentraba todas sobre lo mismo, peor ni aun así lograba hacer todo lo que creía necesario.

Las discusiones y los argumentos acerca de los derechos de la mujer, las relaciones entre los esposos, su libertad y su derecho, no se llamaban *problemas* en aquella época, pero existían lo mismo que ahora. Sin embargo, a Natasha no le interesaban en absoluto y ni siquiera los entendía.

Lo mismo entonces que ahora, tales problemas existen sólo para los que no ven en el matrimonio más que el placer que se dan mutuamente el marido y la mujer, es decir, el principio del matrimonio, y no toda su importancia, que consiste en la familia.

Si la meta de la comida es la alimentación del cuerpo, el que se coma dos comidas a la vez quizá alcance mayor placer, pero no el objetivo, pues el estómago no podrá digerir esa cantidad.

Si la meta del matrimonio es la familia, los que deseen tener muchos maridos o muchas mujeres, tal vez obtengan un gran placer, pero en ningún caso podrán tener una familia.

El problema de si la meta de la comida es la alimentación y la del matrimonio la familia, se resuelve sólo con no comer más de lo que puede digerir el estómago y no tener más mujeres ni maridos que los que sean precisos para crear una familia, es decir, más de uno o una. Natasha necesitaba un marido. Lo encontró, y éste le dio hijos. No sólo no veía la necesidad de tener un marido mejor, sino que, como sus fuerzas anímicas se concentraban para servirle a él y a sus hijos, no podía imaginarse qué ocurriría si se hubiese casado con otro hombre. (Epílogo, parte I, cap. 10, pp 1040-1041)

(La condesa Rostova) Después de la muerte de su hijo y de la de su marido, que habían tenido lugar en un intervalo de tiempo tan corto, la vida no tenía sentido ni objetivo para la condesa; era como un ser olvidado en el mundo por casualidad. Comía, bebía, dormía y velaba, pero no vivía. Su existencia no le ofrecía ninguna impresión. Lo único que le pedía a la vida era tranquilidad, y ésta no podría alcanzarla más que con la muerte. Sin embargo, la muerte no llegaba, y mientras la esperaba era preciso vivir, es decir, gastar sus fuerzas vitales. En ella se podía observar en el más alto grado lo que apenas se observaba en los niños y en las personas muy viejas: en su existencia no había ningún objetivo exterior, sino tan sólo la necesidad de ejercer sus distintas funciones y capacidades. Necesitaba comer, dormir, pensar, hablar, llorar, trabajar, enfadarse, etcétera, tan sólo porque tenía estómago, músculos, nervios e hígado. Todo esto lo hacía sin que lo provocara nada exterior, no como lo hacen los hombres en la plenitud de la vida, cuando, a través del objetivo a que aspiran, no se observa el otro, el de la aplicación de sus fuerzas. Hablaba sólo porque tenía la necesidad física de hacer uso de sus pulmones y de su lengua. Lloraba como una criatura porque tenía que sonarse, etcétera. Lo que para los hombres en la plenitud de sus fuerzas se presenta como un objetivo, era para ella un pretexto.

(...)

Todos los familiares comprendían el estado de la vieja condesa, aunque nadie hablara de él y todos se esforzaban en satisfacer sus deseos. Solamente las raras miradas y la sonrisa triste que se dirigían a Nikolai, Pierre, Natasha y la condesa María expresaban la comprensión recíproca de su estado.

Pero esas miradas decían además otra cosa, a saber: que la condesa había cumplido ya su misión en la vida, que no era sólo lo que se veía ahora, que todos llegarán a ser como ella y que constituía una alegría obedecer y contenerse para este ser que en otro tiempo había sido apreciado y lleno de vida como todos, aunque ahora presentase un aspecto tan lastimoso. Esas miradas decían: *memento mori*.

Tan sólo las personas malas y estúpidas y los niños no comprendían eso, y rehuían a la Rostova. (Epílogo, parte I, cap. 12, pp 1046-1047)

Al quedar a solas, Natasha y Pierre empezaron a hablar como solamente lo hacen unos cónyuges, es decir, comunicándose y comprendiendo con claridad y rapidez sus ideas mutuas, pero de un modo particular, contrario a todas las reglas de la lógica, sin razonamientos, deducciones ni conclusiones. Natasha estaba tan acostumbrada a hablar así con su marido que la mejor prueba para ella de que algo no iba bien era que Pierre siguiera el curso lógico de sus pensamientos. Cuando quería demostrarle algo hablando tranquila y razonablemente, y Natasha siguiendo su ejemplo hacía lo mismo, sabía que terminarían riñendo.

En cuanto quedaron solos, Natasha se acercó a Pierre y le estrechó la cabeza contra su pecho, diciendo: “¡Ahora eres mío! ¡Ya no te escaparás!” Entonces empezó entre ellos esa conversación contraria a las leyes de la lógica porque trataban al mismo tiempo de varios

temas diferentes. Esto no sólo no impedía la claridad de entendimiento, sino que, por el contrario, constituía el indicio más seguro de que se comprendía perfectamente. (Epílogo, parte I, cap. 16, p 1056)

- Nikolai dice que no debemos pensar, pero yo no puedo dejar de pensar. Estando en San Petersburgo he comprendido, a ti puedo decírtelo, que sin mí todo se habría venido abajo, cada cual tiraba por su lado. Sin embargo, he logrado unirlos a todos; además, mi idea es tan sencilla y tan clara... Yo no digo que tengamos que hacer una oposición a tal o cual. También podemos equivocarnos. Digo solamente que se den la mano los que aman el bien y que no haya más que una bandera: la virtud activa. El príncipe Serguei es un hombre bueno e inteligente. (Epílogo, parte I, cap. 16, p 1057)

Aunque la experiencia y el razonamiento muestran al hombre que, estando en las mismas condiciones y dotados del mismo carácter, hará siempre lo mismo, al encontrarse por milésima vez ante el acto que va a realizar, siente la indiscutible seguridad de que puede obrar de otra manera, es decir, a su antojo. Todo hombre, salvaje o pensador, a quien se demuestre mediante la lógica y los razonamientos que es imposible imaginarse dos actos diferentes en las mismas condiciones, siente que sin esa representación insensata (que es la esencia de la libertad), no puede imaginarse la vida. Siente que eso existe, por imposible que parezca, pues sin esa representación de la libertad no sólo no comprendería la vida, sino que no podría vivir un solo instante.

No podría vivir porque todas las aspiraciones de los hombres, todas las exigencias de la vida no son más que deseos de aumentar la libertad. La riqueza y la pobreza, la gloria y la oscuridad, el poder y la sumisión, la fuerza y la debilidad, la salud y la enfermedad, la cultura y la ignorancia, el trabajo y el ocio, la saciedad y el hambre y la virtud y el vicio no son sino mayores o menores grados de libertad.

No puede uno representarse a un hombre sin libertad más que privado de vida.

Si el concepto de la libertad se presenta a la sazón como una contradicción insensata, como la posibilidad de cometer dos actos diferentes en las mismas circunstancias, o como un acto sin causa, eso prueba solamente que la conciencia no está sometida a la razón.

Sin esta conciencia de una libertad indestructible, irrefutable, no sometida a la experiencia ni a la razón, reconocida y sentida por todos los hombres sin excepción, es imposible representarse al ser humano, y esto es lo que constituye el otro aspecto de la cuestión.

El hombre es una criatura de Dios Todopoderoso, misericordioso y que lo sabe todo. ¿Que es, pues, el pecado, cuyo concepto se deriva de la conciencia de la libertad del hombre? Ésta es una pregunta de Teología.

Los actos de los hombres están sometidos a unas leyes generales e inmutables que se expresan por medio de la estadística. ¿En qué consiste, pues, la responsabilidad del hombre ante la sociedad, cuyo concepto se deriva del reconocimiento de la libertad? Ésta es una pregunta de Derecho.

Los actos del hombre se deben a su carácter innato y a las influencias que actúan sobre él. ¿Qué es, pues, la conciencia de los actos buenos y malos que se derivan del reconocimiento de la libertad? Ésta es una pregunta de la Ética.

Tomando al hombre en relación con la vida común de la Humanidad, se nos presenta sujeto a las leyes que definen esa vida. Pero el mismo hombre, independientemente de ese vínculo, se presenta libre. ¿Cómo debe examinarse la vida pasada de los pueblos y de la Humanidad? ¿Cómo deber examinarse el resultado de la actividad libre o de la actividad no libre de los hombres? Ésta es una pregunta de la Historia.

Solamente en nuestros tiempos, en estos tiempos de vulgarización de la ciencia, gracias al arma más poderosa de la ignorancia, el desarrollo de la imprenta, la cuestión del libre albedrío se halla en un terreno en el que ni siquiera puede existir. En nuestra época, la mayoría de los hombres considerados de ideas avanzadas, es decir, una multitud de ignorantes, ha aceptado los trabajos de los naturalistas que se ocupan de un solo aspecto de la cuestión como solución de la misma.

No hay alma ni libertad porque la vida de un hombre se expresa por el movimiento de los músculos, y los movimientos de éstos están sometidos a la actividad de los nervios. No hay alma ni libertad porque en un período de tiempo desconocido hemos descendido del mono. Esto es lo que dicen, escriben e imprimen sin sospechar que hace mil años todas las religiones y todos los pensadores no solamente reconocieron, sino que jamás rechazaron la misma ley de la necesidad que con tanto celo tratan de demostrarnos ahora por medio de la fisiología y de la zoología comparadas. No se dan cuenta de que en ese problema el papel de las Ciencias Naturales consiste solamente en servir de instrumento para esclarecer una parte del problema, pues el hecho de que desde el punto de vista de la observación, la razón y la voluntad no son más que secreciones del cerebro, y el hecho de que el hombre, siguiendo la ley general, pueda proceder de animales inferiores, en un período de tiempo desconocido, no hace más que explicar por un lado nuevo la verdad reconocida hace miles de años por todas las religiones y todas las teorías filosóficas, a saber: que desde el punto de vista de la razón el hombre está sometido a las leyes de la necesidad. Pero no avanzan ni un ápice en la solución del problema, que tiene otra faceta: la del reconocimiento de la libertad.

Que los hombres hayan descendido del mono en un periodo desconocido del tiempo, es tan comprensible como que hayan sido formados de un montón de barro en un periodo determinado (en el primer caso, la x es el tiempo; en el segundo, el procedimiento), y la pregunta acerca de cómo puede concordar la conciencia de la libertad del hombre con la ley de la necesidad, a la que está sometido, No puede resolverse mediante la fisiología ni la zoología comparadas, pues en la rana, en el conejo y en el mono sólo podemos observar la actividad muscular y nerviosa, mientras que en el hombre advertimos además la conciencia de esas actividades. (Epílogo, parte II, cap. 8, pp 1080-1081)

En las ciencias experimentales llamamos leyes de la necesidad lo que nos es conocido; lo incógnito lo llamamos fuerza vital. La fuerza vital no es más que la expresión del resto desconocido de cuanto conocemos de la esencia de la vida.

Lo mismo ocurre en la Historia: lo que nos es conocido lo llamamos leyes de la necesidad, y lo que no, libertad. La libertad es para la Historia tan sólo la manifestación del resto desconocido de cuanto conocemos acerca de las leyes de la vida y del hombre. (Epílogo, parte II, cap 10, p 1088)

Lev Tolstói, Relatos de Sebastopol, De. Gredos, Msdrid 2003.

- ¿Dónde le hirieron? -Indeciso y tímido le pregunta a un soldado viejo y demacrado que, sentado en su catre, le sigue con una mirada bondadosa como si le invitara a acercarse. Y digo "tímido le pregunta" porque el sufrimiento, además de una profunda simpatía, infunde por alguna razón miedo a ofender y un gran respeto por quien lo sufre. (P 55).

Soberbia, soberbia, soberbia por todas partes -incluso al borde de la tumba y entre gente dispuesta a morir por una elevada convicción-. ¡La soberbia! Probablemente sea un rasgo

característico una enfermedad original de nuestra época. ¿Por qué los antiguos no oyeron hablar de este mal como de la viruela o el cólera? ¿Por qué en nuestra época sólo hay tres clases de gente: unos que aceptan el principio de la soberbia como algo imprescindible y, por lo tanto, justificado en la vida y libremente se someten a ella; otros que la aceptan como condición desgraciada pero insalvable, y los terceros que inconsciente y servilmente actúan bajo su influencia? ¿Por qué Homero y Shakespeare hablaron de amor, fama y dolor y la literatura de nuestra época es solamente un continuo relato de “Esnobismo” y “Soberbia”? (Pp 77-78).

Una vez que el miedo se infiltra en el alma, no cede muy pronto el sitio a otro sentimiento... (p 100).

Sus rostros y el timbre de sus voces tenían una expresión seria, casi triste, como si las bajas de ayer les produjeran una gran conmoción y aflicción, pero, a decir verdad, puesto que ninguno de ellos había perdido a alguien muy cercano (¿es que acaso en la guerra existe gente muy cercana?), esta expresión de tristeza era una expresión oficial que simplemente se consideraban obligados a mostrar... Me gusta cuando llaman monstruo a un conquistador que, debido a su ambición, destruye a millones de seres. Pero pregunte abiertamente al alférez Petrushov o al subteniente Antonov o a otros; todos ellos son pequeños Napoleones, pequeños monstruos dispuestos ahora mismo a empezar la batalla, a matar a cientos de personas sólo para recibir una estrella inútil o un tercio de la paga. (p 119)-